

UTOPIÁS JUVENILES
DE LA BOHEMIA AL CHE

Hugo E. Biagini

**UTOPIÁS JUVENILES
DE LA BOHEMIA AL CHE**

LEVIATAN

PRESENTACIÓN

Buena parte de los trabajos adjuntos han integrado un libro inédito, Juventud, universidad, sociedad. Las utopías y el protagonismo estudiantil, que fue seleccionado como finalista en el reñido certamen de Casa de las Américas (categoría ensayo 1998), con el siguiente pronunciamiento del jurado: “Por tratarse de un serio trabajo, analítico y bien fundamentado, acerca de la evolución del movimiento estudiantil”.

En el primer capítulo se plantean los grandes temas introductorios: utopismo y antiutopismo, entre el paraíso y la pesadilla terrenal, la juventud como portadora de ideales, la rebeldía universitaria. Luego se encara la cuestión de la bohemia novecentista desde el miraje estético y del enrolamiento social, como expresión de una crisis en el orden burgués y el espíritu positivo. Emerge el discurso contestatario e iconoclasta que apunta a la renovación del hombre y la cultura, a la instauración de un mundo pleno y transparente desde el territorio libre del café. Se configura así una nueva ideología, según la cual los jóvenes deben asumir los problemas comunitarios y establecer relaciones humanitarias.

Con Romain Rolland y su incidencia en Iberoamérica se examina la huella impresa por uno de los intelectuales que más predicamento alcanzó en la generación de 1918, quien llegó a ser calificado como el más importante maestro

de las juventudes idealistas y como el primer europeo notable que, habiendo roto la indiferencia hacia "los clamores lejanos", ha comprendido en toda su grandeza el vasto movimiento de rebeldía y de unión emprendido en América Latina. El texto se vincula estrechamente con una temática de gran actualidad: las redes intelectuales y políticas.

Por último, en el ensayo sobre Ernesto Guevara, se aborda un asunto candente pero escasamente investigado a fondo: la extraordinaria incidencia de su imagen entre los jóvenes americanos y europeos. Con tal motivo, se indaga el pensamiento, la obra, la acción y la personalidad del líder revolucionario, sopesando tales aspectos en su relación con la mentada influencia a lo largo del tiempo, desde su muerte hasta la fecha. Este trabajo obtuvo el primer premio en el concurso "La influencia del pensamiento del Che Guevara en América Latina", organizado conjuntamente por las universidades de La Habana y Buenos Aires.

El contenido de este volumen tuvo ocasión de ser debatido en distintos foros especializados: III Seminario Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades (Universidad de Santiago de Chile, Instituto de Estudios Avanzados); II Congreso Internacional de Filosofía y Cultura del Caribe (Instituto Veracruzano de Cultura); II Congreso Europeo de Latinoamericanistas (Universidad de Halle); VI Congreso SOLAR (Universidad de Toluca); Maestría en Pensamiento Socio-Político y Filosófico (Universidad de Las Villas, Cuba); Instituto Universitario Ortega y Gasset (Madrid). Salvo en el capítulo-documental sobre Rolland, en la presente versión se

han simplificado las notas y se han obviado las ampliaciones bibliográficas para facilitar la edición. En el caso del Che Guevara se ha optado directamente por eliminar en esta ocasión la referencia a las caudalosas fuentes empleadas.

UTOPISMO Y JUVENTUD

*Según un discurso político abiertamente represor, los idealismos, los sueños, las utopías o las simples propuestas de cambio, constituyen manifestaciones de una conducta que viene a alterar un **orden**, considerado a priori como inalterable. Miles de jóvenes fueron expulsados de las universidades latinoamericanas por haber intentado el camino de la utopía. Miles fueron asesinados por haber intentado ser congruentes con sus ideales.*

ARTURO ANDRÉS ROIG

Reservas minimalistas

Las perspectivas del pensamiento utópico para captar la realidad y guiar adecuadamente el comportamiento humano han sido cuestionadas desde posiciones muy disímiles. Ortodoxias espiritualistas y positivistas, dogmáticas tendencias liberales, marxianas y posmodernas han esgrimido un sinfín de argumentos para denostar esa *forma mentis* con mayor o menor energía.

Entre las objeciones principales, se hace hincapié en el ingenuo vacío y en el absurdo que encierran las utopías, junto a la imposibilidad de su instrumentación. Simultáneamente, dichas manifestaciones suelen ser asociadas con actitudes evasivas o con personalidades enfermas de carácter esquizoide. Por otra parte, se le imputa a la utopía un trasfondo irracional y autoritario, su propensión a manejar a la gente mediante esquemas colectivistas de variadas orientaciones.

En definitiva, según tales versiones se apela a leyendas como las de la Edad de Oro, el Paraíso Terrenal, la Atlántida y otras nociones igualmente míticas —Revolución, Progreso, etc.— para incentivar los anhelos de vivir en una sociedad transparente y en una nación regenerada, donde reina la abundancia y el bienestar, en medio de un eterno presente y sin apremios angustiantes. El discurso utopista supondría el fin de la libertad y la individualidad hasta sumergirse en un destino de pesadilla. Para los tradicionalistas, se halla en juego el desafío a Dios, con secuelas catastróficas equivalentes a las que trajo consigo la Torre de Babel. Las antiutopías también sugieren un horizonte sombrío y fatal, según se refleja, *v. gr.*, en el terreno literario con *Un mundo feliz, 1984, Fahrenheit 451*, o con obras menos conocidas como *La pianola* de Kurt Vonnegut. En esta última novela aparece pintada la comunidad del porvenir conforme a un ordenamiento meritocrático donde no existe el hambre ni la oposición capital/trabajo pero se encuentra en cambio rígidamente dividido entre una aristocracia de profesionales y un proletariado sin esperanzas.

Además, la cultura dominante y las corrientes en boga, fluctuando entre el neoeurocentrismo y la posmodernidad, aunque no llegan a proclamar la desaparición de la utopía, prefieren eludir todo planteamiento orientado en esa sospechosa dirección. La crisis de las utopías se verifica no sólo en los países desarrollados sino también, sintomáticamente, en aquellas economías donde han sufrido un gran aumento las condiciones deficitarias de vida.

Ya al comenzar los ochenta, Bernard Wi-

lliams registraba con fina ironía la depreciación experimentada por la variable utópica: “Está ahora de moda una simple interpretación ideológica [...] que afirma que el intento mismo [...] por crear un nuevo tipo de sociedad, más justo, más racional y más humano, conduce por sus propios procesos e impulsos, y entre ellos sobre todo la planificación, a su opuesto exacto: un orden más represivo, más arbitrario, más estandarizado e inhumano”.

El embate se halla dirigido contra nuestra América Latina como una de las principales fuentes de sueños, utopías y propuestas alternativas. Con resabios tecnocráticos, el chileno José Joaquín Brunner desestima que la racionalidad pueda existir fuera de Occidente y del espíritu capitalista. Para Brunner, suponer lo contrario significa adoptar un pensamiento mágico propio de los intelectuales que, cultivando una estética macondista, se niegan a ver que la contradictoria cultura latinoamericana sólo adquiere sentido dentro del orbe occidental y se incorpora plenamente a la modernidad gracias a procedimientos extraideológicos como la industria y los medios de comunicación electrónica —vehículos para una integración crítica de las masas.

¹ Bernard Williams, *Hacia el año 2000*, Barcelona, Crítica, 1984, p. 21.

Elogio a la utopía

Para calibrar apropiadamente un caudal tan intrincado como el que arrastra la tradición utópica, deben evitarse las aproximaciones reduccionistas. Nos hallamos ante uno de esos casos donde conviene aplicar rigurosamente la normativa básica que impera en el terreno de las definiciones: ni demasiada amplitud ni excesiva estrechez.

Distintos autores han intentado establecer una suerte de tipología para el análisis del proyecto utópico. Bronislaw Baczko se refiere a cinco enfoques heterogéneos: a) como género literario, las utopías noveladas; b) en tanto pensamiento utópico *stricto sensu*; c) las prácticas llevadas a cabo por diversas comunidades; d) los materiales simbólicos implícitos en las utopías; e) las utopías en su máximo momento de esplendor. Otros expositores han optado por aludir a las distopías o contrautopías, a las eutopías o utopías positivas y, en tercer término, a las mixtopías, *i. e.*, el modelo junto con su efectivización, una combinatoria entre lo académico y lo popular, la totalidad y el fragmento.

Obviando la utopía como género narrativo, como ámbito ilusorio, Arturo Roig y Estela Fernández perciben en el lenguaje cuatro funciones utópicas: 1. de regulación crítica frente a lo real para generar nuevas identidades; 2. de liberación del determinismo legal, como capacidad para transformar lo dado; 3. de anticipación del futuro, como ruptura de la ciclicidad; 4. de constitución de discursos contrahegemónicos. Asimismo, el propio Roig ha señalado una utopía

para sí —la sublevación de Túpac Amaru— y una utopía para otro —el conquistador europeo de América.

La dimensión de lo utópico es de tal magnitud que aparece inclusive en el discurso ideológico-clasista. Según ha mostrado Frederic Jameson en sus *Documentos de Cultura*, todo discurso contiene una inclinación que, trascendiendo lo existente, apunta hacia el interés general. Las formaciones utópicas no pueden entenderse sin relacionarlas con las formaciones antiutópicas. Tampoco cabe sostener una oposición tal entre ciencia y utopía que termine negando a ésta última toda validez objetiva. Se trata de dos niveles de verdad dentro de un mismo vínculo dialéctico. Lo utópico no representa lo inaccesible, por afuera del tiempo y del espacio, sino lo que parte precisamente de la historia. La topía no se halla incontaminada de utopía.

Junto con algunas distinciones entre visión, impulso, imaginación y mecanismo utópicos, el mismo Jameson, con posterioridad, no vacila en tomar claro partido por nuestro tema central: “Nada es hoy políticamente más importante que la cuestión de la utopía [...] No se si un resurgimiento de las capacidades utópicas sería saludado como una causa o un síntoma de cambio cultural; pero confío en que, si comenzaran a surgir nuevas utopías, nuestra capacidad para la acción colectiva y la praxis también parecerá haber comenzado a despertar otra vez”².

En este contexto importa advertir en la utopía, más allá de su multivocidad y de sus imbricaciones fácticas, un núcleo fundamental que permite extraer oportunas derivaciones.

Puede trazarse una doble vertiente dentro de

² Frederic Jameson, “Utopía de la postmodernidad”, *Confinnes*, abril 1995, pp. 23-29.

los exégetas que reivindican el valor de la utopía. Por una parte, quienes se rehusan a conectar la impronta utópica con el posibilismo y el gradualismo. Para autores como Fred Polak, aquélla debe ser identificada con un cambio de estructura, con un radicalismo mental o intelectual que suponga llegar hasta las últimas consecuencias. Se trata también de un idealismo social que se resiste a aceptar la miseria y los sufrimientos actuales como algo inevitable. Además de atribuírsele al pensamiento utópico una capacidad de renovación permanente, un talante siempre juvenil, se lo considera como el hacedor espiritual de todo socialismo y de toda ética.

Fernando Ainsa y otros expertos en la materia le han asignado a la utopía unos márgenes más dilatados. Según el pensador uruguayo, la inquietud utópica, lejos de constituir una vía escapista, trasunta generalmente un hondo compromiso reflexivo ante la realidad circundante y ha dado lugar a muchos adelantos sociales que en algún momento pudieron parecer meras ensañaciones: igualdad de los sexos, ocio constructivo, energías no contaminantes, planificación urbana. Asimismo las utopías, por su misma lógica interna, pueden equipararse al principio y al programatismo que conlleva toda vanguardia.

Mientras que por un lado se le confiere a la utopía el papel de profeta de la alteridad absoluta y la comunidad perfecta, por otro se la constriñe a anunciar ideales menos remotos que sirvan para reducir conflictos y desigualdades, creando condiciones para la reforma social. Pese a esas innegables diferencias, sea que sólo

tomemos a la utopía bajo el miraje revolucionario, sea que veamos únicamente en ella el correlato de la disidencia, los prolongados fracasos que siembran el camino hacia un orden de cosas más justo y equitativo no llegan a borrar los incommensurables adelantos que han inspirado el pensamiento y la práctica utópicas.

Frente al auge de la *Realpolitik*, la apelación utópica permite afirmar ciertas metas que resultan sostenibles y respetables más allá de la coyuntura actual. A pretensiones como la neconservadora —de acabar con la utopía o erigirse en su única expresión verdadera—, se le contrapone hoy una prédica pluralista que excede lo estrictamente partidario en la contienda social y en los espacios de poder para dar cabida a formas de autogestión, a acotadas experiencias libertarias y a diversos socialismos posibles.

En síntesis, la mejor variante para acceder al plexo mismo de la utopía consiste en tomar por el atajo metafórico y decir de ella, junto con Joan Manuel Serrat, que representa esa “cabalgadura / que nos vuelve gigantes en miniatura”.

Caracterología

Si bien los jóvenes pueden ser apreciados como los principales portadores de utopía, importa detenernos en ciertas caracterizaciones que insisten en brindar ese rasgo como pertinente. Se soslayan pues aquí los significativos planteos que priorizan las pautas diferenciales y remarcan el marco distintivo dentro del vasto

conglomerado juvenil, según los períodos históricos, las diversas culturas, los estratos sociales, los desarrollos nacionales o las divisiones cronológicas que restrinjan la juventud al simple paso de una edad a otra.

La estrecha afinidad entre el utopismo y la juventud presupone una serie de atributos que suelen vincularse con dicha etapa existencial. Más allá de que los jóvenes lleguen a coincidir con sus mayores en distintas alternativas y circunstancias, más allá de los aspectos ambiguos que se reflejan en su *modus vivendi*, más allá de la casuística mundial ocasionalmente adversa, cabe resaltar una idiosincrasia acorde con las barreras generacionales.

En ese perfil relativamente singular aparecen componentes como el inconformismo, la creatividad, el desprendimiento, la preferencia por la acción, el jugarse con osadía, etc. Las cualidades mencionadas, además de haber facilitado la acuñación de frases como “de joven incendiario y de adulto bombero”, han hecho que la juventud haya sido glorificada por su monto de heroicidad y al mismo tiempo se la haya detractado por considerarla fuente de anarquía y perturbación.

De todas maneras, la preocupación específica por el joven no viene de antigua data. Si bien el adolescente empieza a cobrar un sugestivo relieve en la novelística decimonónica y por entonces fueron muchos los jóvenes que impulsaron las sociedades secretas y los movimientos revolucionarios en Europa y América, será recién durante el siglo XX cuando se hable del siglo de la juventud. Se trata de un proceso que corre paralelo a la desmitificación de esa inveterada mirada cosificante que sólo tiene en cuen-

ta como par o como prójimo a un determinado tipo humano y justifica tremendas exclusiones basadas en el género (mujer, homosexual), el bio-psiquismo (enfermo, loco, retrasado), la religión (infiel, hereje), la educación (analfabeto), la economía (pobre, trabajador manual), las etnias (no-blanco), la política (opositor), la población (mayorías-minorías, nativo-extranjero), la edad (niño, adolescente, joven, anciano).

En la década de 1890 se realizan las primeras investigaciones rigurosas en torno al efebo y a la adolescencia, v. gr., una indagación sobre doscientas biografías de distintas celebridades —Savonarola, Jefferson, Shelley, Tolstoi, Rousseau, Andersen, Keats, Wagner *et alia*— para inferir las inclinaciones preponderantes que evidenciaron durante su mocedad. Entre esas tendencias primordiales se detectó el anhelo por reformar la sociedad como la más reiterada. El estadounidense Granville Stanley Hall, uno de los precursores de la psicología de la tercera edad, figura también como pionero de la hebo-logía, el estudio metódico de la juventud.

En esta parte del continente el modernismo sobrevalora al joven, tesoro divino y humano a la vez, en detrimento de la cultura prosaica del buen burgués. En el gravitante arielismo de Rodó, que retoma ciertos acentos renanianos, la juventud, objeto de verdadera devoción, aparece como un eslabón entre la utopía y lo real. Una imagen mesiánica que impulsará a varias generaciones sucesivas.

Así, hacia los años treinta, según lo expresa Carlos Alberto Erro, el descontento juvenil llegaría a constituir “un fenómeno tan innegable y universal como la atracción entre los cuerpos y la divisibilidad de la materia”. Para este autor, se

trata de una embestida sin defecciones contra los sistemas y valores vigentes que lleva a cabo la juventud motorizada por una “orientación innata del espíritu hacia un mundo de valores sobrenaturales”. Además de haber sostenido “la mayoría de las empresas positivas verdaderamente audaces y grandes”, los jóvenes se encuentran a veces ante situaciones “en que todo parece hacedero y próximo, en que la tierra se torna maleable”³.

Una de esas encrucijadas de máxima plasticidad mencionadas por Erro se iba a producir ulteriormente, tres decenios más tarde, durante aquéllo que se dio en llamar la generación de la protesta, con el retroceso capitalista, cuando parecía que el crónico sueño de una humanidad unida ya estaba a punto de culminar. Durante ese interregno, de ebullición utópica, florece la comunidad de los jóvenes. Más que a un desafío o a un huracán juvenil se creyó asistir a una auténtica Revolución Generacional que, a diferencia de todos los otros grandes cambios precedentes, poseía dimensiones multinacionales.

Aún antes de verificarse los mayores picos de efervescencia juvenil, se aseguraba que nunca había existido una ruptura generacional, entre jóvenes y viejos, como la que estaba teniendo lugar desde la posguerra de 1945. La juventud emergía como fuerza social e histórica, como una nueva clase constituida, en modo similar a lo que se había experimentado con el movimiento femenino durante la Primera Guerra Mundial. Dicho grado de independencia y el logro de una ideología propia, junto a la obtención de reivindicaciones peculiares y a la formación

de organizaciones representativas, no fueron siempre vistos como algo azaroso e improvisado sino que se los juzgó como el fruto de una larga gestación temporal.

Más adelante, diversos episodios aportarían otros signos afirmativos, por ejemplo, cuando la Organización de las Naciones Unidas declara a 1985 como el Año Internacional de la Juventud. Poco después (1988), se celebra en Guatemala la Conferencia Latinoamericana sobre Juventud y Derechos Humanos, donde se cuestiona la violación de fueros que sufrían los jóvenes en estas latitudes, reclamándose para ellos, entre muchos otros asuntos, la facultad de asociarse libremente y poder vivir en su propio país sin ser exiliado. Una indagatoria efectuada por aquella época en el Paraguay a jóvenes de distinta extracción social arroja escasos índices de actitudes ligadas al individualismo, al autoritarismo y al conformismo.

Sin embargo, al margen de que en nuestros días pueda subsistir una contradicción mayor o menor entre adultos y jóvenes, estos últimos, en relación con sus comprometidos congéneres del resto de la centuria, parecen sumidos en una pasividad absoluta, como si hubieran perdido no sólo su fe en la política sino hasta el mismo interés general por las cosas. Una generación que ha sido simbolizada con una estéril figura —la de Bart Simpson— que por momentos abandona la *nonchalance* para ir armada al colegio y atacar a los docentes. Si difundidas canciones de protesta como las de Jim Morrison o Pink Floyd traducían intenciones cuasi épicas y denunciaban los muros opresores del sistema, las letras que se

³ Carlos Alberto Erro, *Tiempo Lacerado*, Buenos Aires, Sur, 1936, pp. 223, 228, 225.

imponen ulteriormente testimonian designios insignificantes:

*Yo no quiero cambiar el mundo.
No pretendo una Nueva Inglaterra.
Yo sólo busco otra chica distinta*

Por consiguiente, cabe deducir que la actual generación posmodernista, como la denomina Agnes Heller desde otra estimativa, ha venido incluso a desmentir uno de los caracteres consustanciales de la juventud: su proclividad hacia la insurgencia. Con todo, no deben pasarse por alto los diversos problemas que pueden haber incidido en el condicionamiento de ese supuesto temple desmovilizador. Además de los efectos disgregadores de la represión y del afán competitivo implantado por el neoliberalismo, se encuentran las secuelas que ocasionan el desempleo masivo, la proletarización de las profesiones, la crisis de la familia y la educación, la drogadependencia, la delincuencia y la prostitución, las migraciones, etc.

Como quiera que sea, no parece muy factible la idea de una juventud ajena a esos grandes movimientos sociales que, imbuidos por valiosos propósitos y sentimientos utópicos, aspiran a modificar las relaciones humanas para construir una sociedad de personas. En semejante tarea, los estudiantes podrían escribir un capítulo acuciador.

El estudiantado

La imagen clásica sobre el estudiante tiende a resaltar su inmadurez, su desenfado y su arbitrariedad. Una semblanza que se refleja en obras como *La verdad sospechosa* de Juan Ruiz de Alarcón, quien, al referirse a los escolares salmantinos, empleaba los siguientes versos:

*Sigue cada cual su gusto;
hacen donaire del vicio,
gala de la travesura,
grandeza de la locura [...]
Aquel hablar arrojado,
mentir sin recato y modo,
aquel jactarse de todo
y hacerse en todo extremado.*

Es también el retrato de una figura picaresca que vive frívolamente, como goliardo de la *belle époque*, entregado al hedonismo y a los cultos dionisiacos, según lo han transmitido varias coplas parisinas de este tenor:

*Los señores estudiantes
se van a la Chaumière
para bailar allí el can can
y la Robert Macaire.
Siempre, siempre, siempre
triumfan los amores
y yup, y yup, y yup.*

No obstante, también ha circulado la estampa del estudiante como contrapartida del militarismo. Entre los múltiples testimonios, valga el comentario que efectuó Pío Baroja cuando, mientras estudiaba medicina se lo intimó a presentarse al servicio castrense so pena de ser declarado prófugo: “Yo siempre he tenido un asco profundo por el cuartel, por el rancho y por los oficiales”⁴.

Esa última acepción se irá desarrollando durante el siglo XX. Un importante expositor de dicha postura, Walter Benjamin, adhiriendo al ala radical del Movimiento de la Juventud, defendió una cultura juvenil autónoma y el derecho a la palabra de los estudiantes en las universidades. Al estallar la Primera Guerra Mundial, Benjamin se define como pacifista y antinacionalista. En ese ínterin tendrá una activa participación en el debate universitario, llegando a presidir la Comunidad Estudiantil Berlinesa. El joven filósofo alemán pronuncia entonces una conferencia donde sostuvo que la característica fundamental del estudiante reside en “la voluntad contestataria”, en “someterse sólo a los principios” y en “autoconocerse sólo a través de las ideas”⁵.

Karl Mannheim, otro destacado intelectual coetáneo, confesaría, en su ensayo *Diagnóstico de nuestro tiempo* (1943), que por aquellos mismos años era bastante común la creencia en el carácter innatamente progresista de la juventud, aunque, con el advenimiento del nazi-fascismo, quedó demostrada la naturaleza falaz de tal convicción, pues, mediante los movimientos ju-

veniles, se pudieron canalizar también las corrientes más reaccionarias.

Pese a esas voces de alerta, continuaría prevaleciendo, en diversa medida, una visión optimista sobre los jóvenes y el estudiantado en particular, tal como aparece en otros textos publicados durante la Segunda Guerra. Así lo registra un trabajo de quien fuera rector en Asunción del Paraguay: “Lo que se denomina ‘juventud’ en el lenguaje universitario, no coincide necesariamente con el concepto de edad, o sea de una época de la existencia física. Responde más bien a un período de la vida en que todas las cualidades anímicas están en pleno florecimiento. El entusiasmo, la curiosidad intelectual, la voluntad, los sentimientos desinteresados, se despliegan con gran energía en ese período y forman la base de una definitiva afirmación de la personalidad”⁶.

En cuanto al significado puntual de los movimientos y las oleadas estudiantiles en el mundo, sobresalen algunos estudios como los que emprendieron Lewis Feuer y Orlando Albornoz al finalizar los sesenta. El primero de ellos, con polémica taxonomía, ha subrayado la relevancia histórica del conflicto intergeneracional, al punto de elevarlo a una Ley Universal. A diferencia de la lucha de clases, la contienda entre las generaciones, que deriva de profundas causas inconscientes, posee un valor constante. Cada generación, tomada en un sentido político-cultural, nuclea a quienes tienen experiencias comunes, las mismas esperanzas y desilusiones. Los movimientos estudiantiles encarnan por antono-

⁴ Pío Baroja, *Juventud, egolatría*, Buenos Aires, Losada, 1949, p. 101.

⁵ Walter Benjamin, *La metafísica de la juventud*. Barcelona, Paidós, 1993, p. 118.

⁶ Justo Prieto, *Sentido social de la cultura universitaria*, B. Aires, Plantié, 1942, p. 343.

masia dicha conflictividad —filiarquía versus gerontocracia—, ostentando el más generoso altruismo junto a una elevada conciencia y solidaridad generacional. Emergiendo por doquier como el último foro libre de la humanidad, aquéllos han salido a sostener gobiernos constitucionales o han promovido revoluciones sociales y derrocamientos de dictaduras. Movido por el impulso contra el orden establecido, todo movimiento universitario, que comienza como círculo de estudios antes de pasar a la acción, busca mantener una permanente actualización doctrinaria, produciéndose una curiosa convergencia de la bibliografía a la cual recurre el alumnado de todas partes.

Feuer intenta convalidar su esquema interpretativo para todos los casos que él examina, a través de un millar de páginas, en sus libros *Los movimientos estudiantiles* y *El cuestionamiento estudiantil del establishment*. Partiendo desde los inicios del siglo XIX, el autor abarca universidades grandes y pequeñas, activistas de diversas disciplinas, países industrializados, tradicionales y en vías de desarrollo, regímenes capitalistas, socialistas y tercermundistas. Tanto sus premisas subyacentes como sus expresas conclusiones distan de rescatar el fenómeno investigado. Para Feuer, los movimientos estudiantiles están regidos por ingredientes destructivos y violentos de orden patológico, por un nihilismo que conduce a la inmolación. Con su ideología alienada, se infiltran en todas las actividades universitarias para politizarlas. El anticolonialismo y la misma búsqueda de alianzas con los sectores desvalidos (campesinos, obreros, étnicos o extranjeros) trasuntan una identificación populista

para exculparse por el parricidio simbólico mediante el reconocimiento de los oprimidos. Como sucedió antes con el proletariado, la generación juvenil se convierte en la medida de todo —“no se puede confiar en nadie que tenga más de 30 años”, era lema en Berkeley según Feuer. Si bien los estudiantes universitarios repudian correctamente a los dirigentes, no han podido desembarazarse de sus orígenes burgueses o aristocráticos, mientras que los trabajadores reniegan de la tesis sobre el privilegio generacional.

El rebuscado enfoque psicologista de Feuer insinúa su trasfondo prejuicioso cuando se ocupa, *v. gr.*, del movimiento latinoamericano, al cual descalifica por atribuirle tanto una tónica antiintelectualista, un facilismo pedagógico y el predominio de una burocracia sindical, como actitudes adversas hacia la democracia y los Estados Unidos, que oficia de padre subrogado. Según Feuer, el cogobierno ha servido en América latina para desahogar el resentimiento generacional contra los profesores y los exámenes, siendo alentado por los malos estudiantes para mantener la mediocridad y el bajo nivel académico. La autonomía ha significado allí ambición de poder y negación de la libertad universitaria, las prebendas de una élite intelectual y su inmunidad frente a la ley, el reducto para organizar la guerra de guerrillas.

Sin caer en tales condenas y tergiversaciones, Albornoz (*Estudiantes y desarrollo político, Ideología y política en la universidad latinoamericana*) no deja de juzgar al activismo estudiantil como subcultura peculiar, dotada de similares patrones de conducta que pueden sistematizarse hasta formular una teoría de ese movimiento,

entre cuyas características singulares figuran: no poseer armas ni fondos institucionales, carecer de ideología propia y de militancia estable, contar con ocio y tiempo libre ante el aparato productivo, exhibir una gran concentración topográfica, realizar una fuerte actividad crítica, tener un *status* marginal y transicional. El balance para Latinoamérica difiere sustancialmente del encuadre anterior.

Para dicho sociólogo venezolano, durante medio siglo, entre 1920 y 1970, el sector estudiantil es el que más ha propalado, en sus inicios, los ideales de la democracia occidental y, después, la instalación del socialismo como vía alterna ante el fracaso capitalista. El estudiantado y sus organizaciones, además de ser el grupo ostensible de la oposición política, representa una élite nacional frente a las filiaciones internacionales que sustentan el clero y los militares. Pese a tener un rol limitado en las transformaciones básicas del país y aun dentro de la misma universidad, cumple el papel funcional de mantener encendida la protesta social en su diversas manifestaciones ideológicas. Si bien no pasan de constituir una mera ficción la invencibilidad y la esencia permanente del movimiento estudiantil, su compromiso generacional puede en cambio tomarse como un elemento perdurable, en el estilo de “lo que es bueno para nuestros padres no lo es para nosotros”. Ante la corrupción que evidencian las instituciones más encumbradas, se alza la repulsa moral del estudiantado latinoamericano, cuyo atractivo por una figura como la del Che Guevara, en tanto revolucionario puro e incólume, se torna hartamente comprensible.

Hoy en día, quienes aún preservan cierta impronta juvenil no pueden menos que sorprenderse al escuchar cómo distintos funcionarios del poder, con pasado reformista, sostienen que la universidad del futuro debe responder a un proyecto desprovisto de utopía. A estos últimos sólo les falta congratularse porque, gracias a su complicidad con una política salvajemente civilizadora, han ido perdiendo vigencia cánticos como los de Mario Benedetti que entonaban a voz en cuello cuando aún no habían sido seducidos por la tecnocracia:

*los tiempos están cambiando
están cambiando qué bueno
siempre el mundo será ancho
pero ya no será ajeno.*

LA REBELDÍA BOHEMIA

Rafael, el poeta del trabajo [...] exclamó con voz ronca: —Desearía sucumbir en la brecha, defendiendo al débil contra el fuerte, y contra el déspota al oprimido pueblo!

FRANCISCO VILLAESPESA

Los ingredientes

En el umbral del siglo XX despunta una crisis cultural de modelos junto a la irrupción de corrientes utópicas e idealismos colectivistas o so-lipsistas. Entre estas modalidades se encuentra el inconformismo de los jóvenes bohemios, quienes produjeron una relevante aportación a la causa del pensamiento alternativo, frente al predominio de aquéllos que se guiaban por la fuerza o el destino manifiesto para avasallar a los demás. Una juventud que exigió la libertad en todo y, como se ha detallado, estuvo dispuesta a embestir frontalmente “las mentiras, la inmoralidad, la mala administración de la política, la hipocresía, la pudibundez, el clericalismo, y también a hacerse portavoz de las reclamaciones del obrero”¹.

Por ese entonces, el modernismo enaltece a los jóvenes, mientras condena al burgués, quien, para el primer Lugones se parecía a un animal en el que la grasa preponderaba sobre los sesos. En el arielismo se venera a la juven-

tud no sólo como correlato de la vida bohemia y la generosidad sino también como dotada de un liderazgo fundamental. Esta tónica vanguardista habrá de penetrar reiteradamente en nuestros movimientos estudiantiles.

Los jóvenes modernistas y utopistas de la generación de 1900 trasuntan la crisis que se produce en las filas del ordenamiento burgués y del espíritu positivo, mediante un discurso contestatario que apunta a la renovación de la cultura o a la instauración de una sociedad plena y transparente, dotada como la americana de valores propios. Soñaban con un hombre y un mundo nuevos, con una nacionalidad ampliada que fuese el testimonio de un estado de conciencia superior al de los instintos territoriales, donde se revalorizara el papel de la belleza y la autodeterminación, de lo único y extraño. De allí que hayan sido menospreciados por considerárselos apátridas y descastados, neuróticos y bohemios, desaliñados parásitos sociales, pícaros y cínicos, artistas fracasados y decadentes, hampones y simuladores literarios, causantes de una perversa pasión colectiva sostenida por el alcohol, la droga y el amor libre.

La elevación del artista a máximo hacedor de la realidad y a dador de su sentido provocó la reacción de autores positivistas como Max Nordau, quien, además de enjuiciar como degeneradas a las costumbres finiseculares, descalificó como rayanas en la locura a casi todas las expresiones literarias, políticas y filosóficas de la época —según testimonia Gómez Carrillo en *Almas y cerebros*, donde relata una entrevista con el propio Nordau. Rubén Darío, en sus sem-

¹ Iris Zavala, Estudio preliminar al libro de Alejandro Sawa, *Iluminaciones en la sombra*, Madrid, Alhambra, 1977, p.

blanzas sobre *Los raros*, también se refirió a Nordau y a su evaluación de las variantes estéticas contemporáneas como formas de descomposición intelectual y degradación espiritual que, por priorizar los resortes emotivos, suponen una conducta atávica y un atentado contra el mejoramiento científico de la raza. Concomitantemente, se encuentran los embates, librados a ambos márgenes del Atlántico, contra la literatura y el arte en tanto ocupaciones pueriles, de perezosos e incapaces, tan condenadas a desaparecer como la versificación y las agitacione revolucionarias. Por otro lado, Rodó efectuaría una calurosa defensa de los bohemios, un mote que

*en labios del burgués espeso y acorazado del fariseísmo equivale a una descalificación [...] sean benevolentes para juzgarlos los rígidos secuaces del acreditado señor Al-pie-de-la-letra. Entiendan y perdonarán. "Bohemio" no es el que tiene la voluntad enervada y la cabeza en desequilibrio. "Bohemio" es el que vive su juventud con un exceso de entusiasmo, que se le desborda del alma, por las cosas bellas y las cosas raras y las acciones generosas, y con mucho de ese **embruamiento interior** que, en tiempos de acción y de heroísmo, empujaba a las aventuras y las cruzadas, pero que en tiempos de monótona prosa, sólo tiene salida en los simulacros de la imaginación, en las campañas incruentas del arte, y en esa terrible vocación de las paradojas y las irreverencias, que, aun en los casos en que*

son desatinadas e injustas, permanecen siendo simpáticas, porque llevan el aroma de la juventud².

Meca francesa y pandemónium hispano

En París, cabeza y corazón de la mundanidad, se congregaron los bohemios de múltiples lenguas y nacionalidades, personajes marginales que invaden el boulevard Saint Michel, agitan el ambiente con sus imprecaciones iconoclastas y contribuyen a forjar el espíritu del nuevo siglo. Muchos son artistas veinteañeros que impugnan como renegados a quienes trepaban a las filas de la alta sociedad; otros tantos, intelectuales y políticos que, huyendo de distintas persecuciones, acudían allí para poder expresarse sin mayores tapujos. El grado de privaciones materiales en el que vivían cabe inferirse de una anécdota relatada por Dan Franck en su libro sobre *Los bohemios*: hubo un poeta tan carenciado que cuando la Academia francesa le ofreció un sillón, preguntó si podía llevarse a su casa...

Tales penurias no impidieron que se produjeran diferentes formas de organización vecinal. El barrio de Montmartre fue declarado comuna libre e independiente de Francia, nombrándose como administrador al dibujante Jules Depaquit, precursor del dadaísmo. La idea de un zona declarativamente emancipada nos retrotrae a experiencias coloniales al estilo de los quilombos o palenques, esas viviendas inexpugnables en

² J.E. Rodó, "Bohemia", en *El Mirador de Próspero*, Madrid, Edit. América, 1920, pp. 32-33.

las que se refugiaban los esclavos cuando rompían sus cadenas. Dicha consigna rupturista también se enarbolaría a través de las numerosas ocupaciones y levantamientos efectuados durante el siglo XX por el estudiantado en sus demandas reivindicativas o en expresiones de otros sectores postergados, como aquéllos que actualmente proclaman a las pateras —las precarias barcazas en las cuales la emigración nordafricana intenta acceder al suelo ibérico— como territorio libre de España.

Entre las obras más sugerentes que transmiten el enfoque latinoamericano sobre la vida bohemia y el clímax parisino hacia el Novecientos se hallan las impresiones de quienes tuvieron ocasión de experimentar de cerca dichos fenómenos singulares. Un ejemplo típico lo brinda el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, quien ha caracterizado con simpatía al prototipo del bohemio, como un joven, a menudo estudiante, que vive desarregladamente, en sórdidas boardillas y cafetines, con escaso dinero pero con muchas ilusiones, disfrutando de plena libertad y camaradería, costreñido a comer más “raíces griegas o rimas raras o ensueños dorados que gallinas trufadas y jamones en dulce”³. Además de sus amigos fraternos, los bohemios aparecen afectivamente unidos con las grisetas, esas musas instintivamente literarias en la calle y en el lecho que, en el caso de las *cocottes*, ofrecen belleza y sensibilidad como los artistas. Tales personajes femeninos han huido de las jaulas paternas en brazos de estudiantes, con los cuales compar-

ten el anatema estético contra el filisteísmo y la burguesía, a la que sólo le envidian su facilidad para alimentarse diariamente. Los bohemios, que llegan a ser concebidos como una clase en sí misma, se cuentan por legiones entre las huestes famélicas del estudiantado y de quienes escriben o pintan sin poder editar sus obras ni vender sus cuadros.

En tal sentido, puede evocarse un significativo episodio epocal: la carta a la juventud, a los estudiantes del Barrio Latino, que Emilio Zola —ese “Bautista de las grandes redenciones” según Chocano— publica a fines de 1897 para repudiar el *affaire* Dreyfus, como poco después lo harían los intelectuales que atacan dicho episodio de flagrante persecución racial y firman un manifiesto que será la piedra fundamental de la *intelligentsia* combativa. A los jóvenes, Zola les recuerda su clásico amor por la libertad; su sublevación contra la fuerza bruta, los poderosos y la injusticia; su rebeldía a favor de los humildes, los abandonados y los pueblos oprimidos; su indiferencia hacia el acuerdo entre políticos anquilosados y hacia la opinión del periodismo venal. También los exhorta a ser los constructores de la ciudad perfecta, en la cual puedan hacerse reales todas las esperanzas:

¡Oh juventud, juventud! Te suplico, sueña en la gran tarea que te espera. Tú eres el artesano futuro, tu vas a arrojar los cimientos de este siglo próximo, que según nuestra profunda fe, resolverá los problemas de la verdad y la equidad, planteadas por el siglo que termina. No-

³ Gómez Carrillo, *Bohemia sentimental*, París, Libr. Americana, 1902, p. viii.

sotros, los viejos, los mayores, te dejamos el formidable aporte de nuestra investigación, muchas contradicciones y oscuridades quizá, pero con seguridad el esfuerzo más apasionado que jamás siglo alguno haya hecho hacia la luz; los documentos más honestos y los más sólidos, los fundamentos mismos de ese vasto edificio de la ciencia que tú debes continuar⁴.

El reconocimiento de la bohemia y de los nuevos valores en juego engendró un profundo desdén de la vanguardia intelectual latinoamericana hacia las rígidas actitudes hispanocéntricas. Gómez Carrillo se mofa de distintos personajes españoles que, reacios a toda innovación y desde un estrecho nacionalismo xenófobo, procuran atribuirle una preponderancia absoluta a su propia cultura, mientras se pavonean de la virilidad ibérica frente al pueblo francés, tan corrompido por la falta de parámetros éticos y religiosos que —según vaticinaban esos personajes— el fin de siglo iba a coincidir apocalípticamente con el fin de la misma estirpe gala.

Entre los que ostentan esa postura maniquea, puede citarse a Juan Valera, quien, entre 1896 y 1899, aplaude el florecimiento de la raza ibérica y censura a los “refinados hispanoamericanos”, cercanos al modernismo, por distintos motivos: pecar de galomanía, celebrar las extravagancias culturales parisinas, idealizar a poetas como Verlaine u otorgarle un excesivo relie-

ve a autores como Poe e Ibsen; adherir a tendencias fatalistas y ateas, a “doctrinas contradictorias y disparatadas” como las de Renan, Taine o Nietzsche; olvidarse de la casta española y empeñarse en hablar de América Latina en vez de Hispanoamérica; no percibir que en Madrid se daban más espectáculos y fiestas que en cualquier otra capital del mundo ni apreciar que en las principales ciudades de España existían colegios religiosos donde se educaba a la juventud más lozana. Pese al suceso que tendría el estreno de *La bohème* en Madrid, durante la primavera de 1898, Valera pasa por alto ese acontecimiento y llega a objetar la incorporación al castellano de la palabra bohemio⁵.

De cualquier manera, como plantea Manuel Azaña, se trataba de una época memorable, de feroz contienda de la gente nueva contra los viejos, de ese fenómeno ineludible en que una generación desaloja sin grandes miramientos a la anterior; cuando “circulaba por Madrid, melendida, enchisterada, escándalo de burgueses y señoritos, insolente promesa de un mañana fecundo, la magra humanidad de Valle Inclán⁶”, integrando la troupe de los bohemios —esas aves nocturnas o príncipes callejeros de andrajos y de rimas que, merodeando la Puerta del Sol, tantas veces morían sin dar con la letra para su canción, sin vivir lo que soñaban pero soñando lo que escribían.

Si Francia representó para un líder como Rubén Darío la “Patria universal”, París fue para él y tantos otros el epicentro del arte y la ensoña-

⁴ Zola, *Yo acuso*, B. Aires, Leviatán, 1983.

⁵ Juan Valera, *Ecos argentinos*, B. Aires, Emecé, 1943.

⁶ Manuel Azaña, *¡Todavía el 98!*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, pp. 171, 173.

ción. Gómez Carrillo, en *Bohemia sentimental*, ha interpretado el duro atractivo que la misma ciudad encerraba para un escritor sin recursos:

¿Que la vida del literato joven y pobre era muy triste? Sí; era muy triste, tristísima, desgarradora... ¿Que París, más que un ciudad era una vorágine que devoraba las más fuertes complexiones y que enloquecía los más robustos cerebros? [...] Lo sabía y no lo podía remediar. Exaltado por la corriente vertiginosa de la literatura, vivía sufriendo en su París miserable, pero vivía. Fuera de París, ni siquiera habría vivido; se habría agostado, habría echado de menos hasta el dolor, hasta el hambre. No habría podido, materialmente no habría podido vivir lejos del boulevard. Estaba loco y París era su manicomio. Después de París, sólo una ciudad pareciale habitable: la inmensa, la oscura, la atrayente ciudad del suicidio⁷.

La Atenas platense

Un emplazamiento ideal para ejercer sus ideas lo va descubrir el propio Darío en el llamado París americano, la ciudad de Buenos Aires que, a fines de siglo, constituía la principal capital del hemisferio sur y la segunda en el orbe latino, por su crecimiento económico y su receptividad socio-cultural. Dentro del ámbito porteño,

los clubes selectos estaban siendo sustituidos por democráticos cafés, donde, en medio de chanzas y fumadas, se reaccionaba contra una sociedad veleidosa, con el “secreto imán” de la bohemia —al decir de Ingenieros— que perseguía, entre otros anhelos, un cambio más justo para el continente americano.

En esa fascinante urbe cosmopolita, Darío se incorpora al grupo del Ateneo, donde, con el elemento más juvenil, oriundo de distintos países latinoamericanos y europeos, alborotó la atmósfera “con proclamaciones de libertad mental” frente “al anquilosamiento académico” y “al dogmatismo hispano”⁸. Como lo resume más tarde el mismo Darío: “Y escribimos canciones bellas / de libertad y de lirismo / y nos coronamos de estrellas / y nos salvamos del abismo”. En una cervecería porteña, Aues’s Keller, el poeta nicaragüense redacta casi todas los pasajes de *Profanas* y su famoso responso a Verlaine; en mesas donde

*Se mezclaban todas las clases y las razas
y bullía una Babel de idiomas
entre el ruido de platos y de tazas
sobre las oscuras mesas de roble⁹.*

El espacio de los cafés —junto a la plaza pública, periódicos, piezas y comedores estudiantiles, fábricas, escuelas libertarias— constituía una genuina universidad popular: miniparlamentos —guetto de escritores, casa de quienes no tienen grandes casas— desde los cuales se

⁸ Darío, *Autobiografía*, Barcelona, Maucci, 1905, p. 151.

⁹ Ernesto Palacio, en L. Galtier, *Carlos de Soussens y la bohemia porteña*, B. Aires, ECA, 1973, p. 51.

⁷ Gómez Carrillo, *op .cit.*, pp. 12-13.

cuestionaba el orden imperante. Uno de los establecimientos más conocidos fue rebautizado como el Café de Los Inmortales, donde sólo eran verificables las indigestiones literarias y por ello se adoptó dicha denominación, pues sólo bajo un estado transmaterial podrían mantenerse vivos sus habitués. Un sitio donde se precocizaba que llegar a los 30 años suponía la claudicación de todo entusiasmo existencial. A la bohemia que allí concurría se le adjudicaba una doble incapacidad: incapacidad para subvenir al diario sustento y para prestarse al acomodo, la genuflexión y la obsecuencia. En él cabía escuchar planteos como los siguientes: “Debemos ser rebeldes porque componemos la juventud argentina de transición [...] estamos en la tanda en que vamos entreverados los criollos con los gringos [...] Y nuestra juventud ha de ser la que defina la diferencia que hay entre un hijo de papá y un muchacho de trabajo”¹⁰.

Asentado en el Plata, Darío le sale al cruce al antifrancesismo de los puristas españoles como Unamuno: “con París, que tanto preocupa al señor de Unamuno, tenemos las más frecuentes y mejores relaciones. Las últimas obras de Daudet y de Zola han sido publicadas por *La Nación* al mismo tiempo que aparecían en París [...] Como somos fáciles para el viaje y podemos viajar, París recibe nuestras frecuentes visitas y nos quita el dinero encantadoramente. Y así, siendo como somos un pueblo industrial, bien puede haber quien, en ese minúsculo grupo, procure en el centro de tal pueblo adorar la belleza a tra-

vés de los cristales de su capricho”¹¹.

De parecido tenor resultan las objeciones de Ugarte a Ramiro de Maeztu, porque éste cargaba a su vez contra los escritores latinoamericanos por supuestos desvíos de la lengua y la nacionalidad españolas. Para Ugarte no había que levantar murallas chinas ni sostener “ingenuidades patrióticas” que el nuevo siglo “de fraternidad y luz comienza a relegar a los museos de arqueología”. Si España había ejercido otrora su ascendiente cultural, el mismo fue luego ocupado por Francia, sin que pudiera reprochársele a los hispanoamericanos la ineluctable adopción del espíritu de los tiempos¹².

La declaración de propósitos que formuló Darío junto con Ricardo Jaimes Freyre, como directores de la *Revista de América* (1894), puede tomarse como una ilustrativa plataforma doctrinaria de los planteles modernistas. Con esa publicación sus fundadores intentaron:

Ser el órgano de la generación nueva que en América profesa el culto del arte puro, y desea y busca la perfección ideal, ser el vínculo que haga una y fuerte idea Americana en la universal comunión artística [...] Levantar oficialmente la bandera de la peregrinación estética que hoy hace con visible esfuerzo la juventud de la América Latina, a los Santos Lugares del Arte, y a los desconocidos orientes del ensueño [...] Luchar porque prevalezca el amor y la divina belleza, tan combatido hoy por invasoras tendencias utilitarias. Servir en

¹⁰ José A. Saldías, *La inolvidable bohemia porteña*, B. Aires, Freeland, 1969, p. 43.

¹¹ Darío, *op. cit.*, p. 175.

¹² Ugarte, “El francesismo de los hispanoamericanos”, *Revista Moderna*, mayo 1903.

el Nuevo Mundo y en la ciudad más grande y práctica de la América Latina, a la aristocracia intelectual de las repúblicas de lengua española

Pese a los avances culturales que reportaron tales objetivos, teñidos de esteticismo, a veces se adoptó un cariz elitista que alejaría al intelectual de la gente y la cosa pública, como puede desprenderse, *v. gr.*, de la lectura de obras como *El Pensamiento de América* de Luis Berisso. Si bien este último trabajó mucho para que se relacionara entre sí la joven intelectualidad hispanoamericana y su libro aportó a dicha finalidad, en él se trasluce un inveterado menosprecio hacia el hombre común, hacia las “plebeyerías republicanas” y hacia la política, visualizada como “rémora de los pueblos”.

¿Aristocratismo o redentorismo?

El mentado elitismo de la bohemia puede ser refrendado bajo distintas perspectivas: desde quienes objetan el atrincheramiento en la torre de marfil o la idealización del poeta como nueva deidad, hasta las acusaciones a los bohemios por erigirse en una orden de elegidos, de reyes rotos cuyos harapos filtraban densos rayos de soberbia y desprecio a las mediocridades. No obstante, tampoco pueden forzarse las interpretaciones y caer en el simplismo de reducir la bohemia a un mero apéndice funcional de la oligar-

quía; a una excentricidad que se permitió la propia burguesía —nunca puesta verdaderamente a prueba por el ataque de los bohemios, quienes no lograrían sustraerse a su misma extracción social ni superar la antítesis entre rebeldía y aceptación.

Importa pues establecer una serie de distinciones fundamentales. Por un lado, el contexto en el que se mueve la problemática bohemia nos remite al siglo XIX, donde se consolidan las relaciones capitalistas de producción, en las cuales el escritor debe abandonar los mecenazgos, profesionalizarse y convertirse en un generador de mercancías con valor de cambio o perecer de inanición. De allí deviene un proletariado artístico e intelectual que no siempre alcanza a insertarse en la industria cultural o se rehusa a formar parte de un engranaje triturador, denunciando al sistema alienante en cuestión.

Por otro lado, según Aznar Soler, corresponde diferenciar entre dandismo y auténtica bohemia. El primero hace referencia a la golfemia, a una bohemia galante, festiva o dorada; apunta al intelectual aburguesado que pasa a una clase superior y adopta la frívola existencia de los señoritos. La segunda actitud supone un radicalismo cultural, una utopía de la insurgencia, con sus fraternizaciones tabernarias y su fe titánica en la voluntad. Se trata de la bohemia negra, heroica o santa; del artista proletarizado que los burgueses —el *homo oeconomicus*— intuyen como peligroso y potencialmente revolucionario. Es el escritor politizado que combate en las barricadas junto con los trabajadores, una tribu literaria proscrita que cuestiona la religión y la

propiedad o defiende la emancipación femenina y el amor libre. La misma bandera autonómica del arte por el arte llegaría a representar aquí un grueso proyectil contra la axiología mercantil burguesa. Ya Arnold Hauser, al analizar la bohemia francesa, distaba de conceptuarla como una expresión uniforme y definida: mientras que en sus inicios románticos puede ser vinculada a la extravagancia y al espíritu de contradicción, con el naturalismo y el impresionismo surge una bohemia militante que no sólo se opone francamente a la burguesía sino también a la misma civilización europea en su conjunto.

Entrecruzamiento de siglos con su heterogéneo tropel de ensoñadores, desde los liberales de izquierda, ácratas, socialistas, krausistas y nihilistas hasta los decadentes y modernistas, no todos tributarios de la bohemia. Así, Amado Nervo, en 1896, se expide contra ella —considerándola un microbio urbano que enferma a la juventud— y pretende salvaguardar la imagen profesional del creador: “Al abrigo de una habitación decente, aseada, bien oliente, en amena vecindad con sana y nutritiva pitanza, con libros escogidos y con algunos billetes de Banco en el cajón del escritorio, se trabaja mejor. De ahí salen las obras de arte [...] Ya que el mundo nos acusa de no ser prácticos, probémosle hasta la evidencia que lo somos: que usamos camisa limpia, que tomamos baños de ducha, que comemos bien y que hemos suprimido, por exóti-

ca, la melena”¹³.

El poeta venezolano Andrés Mata, desde la *Revista Azul*, refleja en cambio una actitud más generalizada cuando alude a los bohemios como los expósitos que albergan otro mundo en el cerebro y que

*en la lucha serán de los primeros
que convertidos en tribunos se alcen
a defender la dignidad del pueblo;
que hagan vibrar al golpe de la prensa
el hosanna de todos los derechos [...] que
con las armas en balanza acudan
a batallar por el nativo suelo;
que desmoronen tronos y Bastillas;
que derrumben cadalsos y conventos;
que en industrias, que en artes y que
/en ciencias
gocen de la invención el privilegio¹⁴*

Alcides Greca, un reformista que estudió en la localidad argentina de La Plata, donde se creó la primera ciudad universitaria moderna de América Latina, efectúa uno de los más encendidos ensayos sobre la bohemia en su libro *Laureles del pantano*, publicado hacia 1915. Para dicho autor, la auténtica personalidad del bohemio responde a una caracterología permanente, más allá de la fortuna y las contingencias temporales: se nace con el alma bohemia como se nace perro. Estamos ante una tipología cuya dinámica esencial proviene de la pugna entre

¹³ A. Nervo, “La bohemia”, *Obras Completas*, tomo I, México, Aguilar, 1991, pp. 572-573.

¹⁴ A. Mata, “Grito bohemio”, *Revista Azul*, 29 marzo 1896.

idealistas y el medio circundante que se remonta a la misma prehistoria. El bohemio resulta en consecuencia:

- una prolongación del trovero y el estudiante medieval;
- una raza inmortal y gloriosa -la de Darío, Silva, Manuel Acuña *et al.*- que desparramó su ingenio y su locura por la Indoamérica desnuda;
- líricos como Carriego y Fernández Espiro cantando en tabernas y en conventillos para alentar a la plebe;
- el pensador contra aquellos que succionan a los pobres consumidores;
- el único ser masculino capaz de sentirse progenitor de todos los desgraciados y por ello sufrir más que una madre;
- el que luce sus melenas soñadoras y soporta estoicamente las burlas mientras se muere de hambre con la cabeza en alto.

Así, según Greca, bohemios no son ni los poetas de academia ni los literatos de campanuda oratoria, porque, rodeados de sibaritismos circunstanciales, no pertenecen a la familia de los inadaptados ni concurren a los fondines para nutrirse de miseria y mitigar los gemidos agónicos de quienes naufragan en la vida. ¿No parece perfilado aquí un bohemio literario por excelencia, apodado Almafuerite, ese poeta platense de la chusma, con todas sus privaciones y su empeño quijotesco?

En resumidas cuentas, el enfrentamiento del bohemio con el burgués debe sumarse y sope-

sarse junto con las críticas al capitalismo que, por distintos motivos, venía sustentando tanto la izquierda como la derecha. Imágenes equivalentes harían asimilar la situación de esos sectores bohemios a los del proletariado, condicionando una nueva ideología, el juvenilismo, según la cual le corresponde a los jóvenes asumir los problemas sociales y ejercer un cambio de estructuras que conduzca al establecimiento de relaciones humanitarias.

ROMAIN ROLLAND ENTRE NOSOTROS

En Córdoba, en Buenos Aires, en La Plata, en Lima, en Montevideo, en Santiago de Chile, en la Habana, en Bogotá, en México, los estudiantes de las viejas universidades abrazaron la rebelión contra el pasado. Estos acontecimientos los previó Romain Rolland cuando puso sus esperanzas en América y amó su porvenir como suyo y sintió que sus hijos menores deberían sacrificarse en bien de la suerte común

REVISTA DE FILOSOFÍA (enero 1928)

Se procura dilucidar la sugestiva presencia de Romain Rolland en nuestro continente a través de indicadores como la difusión y el análisis de su obra, su catapulta de mensajes y llamamientos, los contactos grupales o personales y los diversos homenajes en torno suyo que lo llevaron a ser declarado como la conciencia más libre y clara del mundo occidental, máximo maestro del idealismo, amigo de la causa latinoamericana y, según afirmó Haya de la Torre, como el primer europeo que ha comprendido en toda su grandeza el vasto movimiento de rebeldía y de unión realizado por nuestras juventudes.

Principismo

El escritor francés Romain Rolland representa un eslabón fundamental en la configuración

del pensamiento y la sensibilidad juvenilista, a ambos lados del Atlántico. Su marco teórico general y sus actitudes existenciales lo emparentan con el vitalismo, el voluntarismo, el pacifismo y, según Stefan Zweig, con una suerte de idealismo trágico o heroico¹. Paralelamente, se destaca su fustigamiento a la opresión, su compromiso con la integración de las naciones y, en especial, su ardua brega por la unión europea.

A fines de 1914, Rolland, criticando el triunfo de destructivas pasiones nacionales, difunde el *Manifiesto de los Amigos de la Unidad Moral de Europa* que lanzaron intelectuales catalanes como Eugenio D'Ors. Dos años más tarde, en carta a una revista neoyorquina de vanguardia, *The Seven Arts*, mientras exhorta a las nuevas generaciones americanas a soslayar los modelos importados y a erigirse en portavoz de las clases populares, se pronuncia por un paradigma de humanidad universal que facilite el intercambio espiritual de las culturas del Viejo y el Nuevo Mundo con las antiguas civilizaciones asiáticas en vías de reaparición².

También simpatizó Rolland con la Revolución Rusa y con la lucha de liberación llevada a cabo en la India por Mahatma Gandhi, cuyo accionar se ocupó de sostener tempranamente en Occidente.

¹ S. Zweig, *Romain Rolland* (B. Aires, Claridad, 1942) p. 247. Una edición anterior, con diferentes contenidos y el mismo título en Sgo. de Chile, Ed. Cultura, 1934.

² Ambas piezas citadas fueron incluidas, respectivamente, en dos libros donde se recolectaron artículos de Rolland: *Por encima de la contienda* (1915) y *Los precursores* (1919), los cuales integrarían con posterioridad un sólo volumen traducido como *El espíritu libre* (B. Aires, Hachette, 1956).

El Tratado de Paz de Versalles fue impugnado por Rolland en su *Declaración de Independencia del Espíritu*, elaborada de acuerdo con Georg Nicolai y con la adhesión de un vasto espectro universitario (Gorki, Barbusse, Croce, Tagore, Natorp, Bertrand Russell, Waldo Frank, Herman Hesse, Upton Sinclair *et al.*), donde se concluía lo siguiente: “No conocemos pueblos. Conocemos el pueblo -único, universal- el Pueblo que sufre, lucha, cae y se levanta, y que siempre avanza por el pesado camino, empapado con su sangre; el pueblo de todos los hombres, todos igualmente hermanos nuestros”³.

Si bien se le asigna a la producción conjunta de Romain Rolland un enorme predicamento sobre las juventudes del siglo XX, puede estimarse a su novela *Juan Cristóbal*, editada entre 1904 y 1912, como la obra de mayor impacto generacional y con la que se hizo acreedor al premio Nobel. Allí, su protagonista principal, un artista puro —el arquetipo humano— se enfrenta a los prejuicios y convenciones de la época, a la mediocridad generalizada, a la incapacidad para vivir creativamente y sin las mentiras urdidas por la religión, la moral y el Estado. Una especie de ley natural induce a cada nueva generación a desplazar a la precedente, a quienes se hicieron conservadores. Al joven y al adolescente les compete una misión desenmascaradora:

- saltar por encima de la tapia,
- hacer tabla rasa de lo consagrado,
- negar y vomitarlo todo,
- agruparse en ligas democráticas,

³ *El espíritu libre* (ed.cit.), p. 279.

- cerrarse a las modas y a la frivolidad,
- armarse de una cultura sólida y armoniosa,
- combatir la aplicación diabólica de la ciencia al exterminio de la civilización,
- cuestionar los derechos sagrados de la propiedad,
- poder privarse de todo salvo de amar,
- ver al progreso como un adelanto problemático que sacrifica el bien ajeno,
- reaccionar contra las injusticias mundanas y el malestar social.

La supuesta ley generacional iría perdiendo vigencia tras acontecimientos como los de la Gran Guerra y la revolución soviética, para cederle paso a los valores en común de las diversas generaciones. En el mismo Rolland, jugarán un papel decisivo el peso de la fraternidad junto a su enemigo: el odio y el orgullo patrioterros. Hacia 1925, aquél interpretaba: “Con Christophe llamé a la lucha a las generaciones jóvenes y la esperanza presidió hasta el año fúnebre que selló el destino de Occidente: 1914, que segó a mis jóvenes hermanos, a mis hijos espirituales, a la Europa en flor”⁴. Sin embargo, nuestro autor persiste en concebir a la juventud como nexo indispensable entre el pensamiento y la acción, como una energía que puede superar los devastadores intelectualismos elitistas.

⁴ R. Rolland, *Obras escogidas* (México, Aguilar, 1966) p. 1133. Sobre la aludida concepción de la juventud por parte de Rolland, véase su *Juan Cristóbal* (B. Aires, Hachette, 1952) especialmente vol. I, pp. 592, 599, 605-606, 618, 680 y vol. II, pp. 653, 659, 671, 691, 791.

Recepción inicial

Más allá de las perspectivas eurocéntricas o americanistas, que acentúan la influencia ultramarina o el ascendiente vernáculo en la génesis de nuestros movimientos culturales —como el modernismo o la Reforma Universitaria—, limitemonos a una tarea previa: verificar la resonancia de una figura como la de Romain Rolland en la *intelligentzia* y las juventudes de América Latina.

Si nos atuviéramos precisamente a los patrones europeos originarios comprobaríamos que dicha proyección resulta casi nula. Hacia fines de 1921, cuando Jean Bonnerot —bibliotecario de la Sorbona— publica su libro sobre Rolland, no aparece allí ninguna contribución latinoamericana entre el centenar de artículos y folletos que se dan a conocer en torno al mismo⁵. Sin embargo, para ese entonces, además de haberse traducido diversas obras al castellano del propio Rolland desde comienzos de siglo⁶, no faltan los trabajos que difundían y resaltaban sus ideas, en particular, desde la prensa de izquierda y los órganos conectados al movimiento reformista organizado que acababa de emerger en la Argentina.

Ya en 1915, una revista de la importancia de *Nosotros* planteaba el imperativo de popularizar las obras de Rolland —por ser “lo mejor que ha

producido la prensa francesa en los últimos 30 años” y para “propagar la libertad del espíritu en el mundo”— mediante la publicación de una conferencia —pronunciada en la Universidad de Ginebra, reproducida por una revista estudiantil (*Stella*), traducida y prologada por Mariano Barrenechea— en la cual se terminaba aduciendo:

*El entusiasmo guía al mundo: amar vale más que permanecer insensible. Hace 25 o 30 años que el pesimismo reinaba en el mundo [y la literatura]. Hace 8 o 10 años se ha operado un cambio profundo en la vida espiritual: los que conocen la juventud que estudia y trabaja pueden afirmarlo con alegría. Juan Cristóbal expresa las aspiraciones de nuestra generación y servirá de guía a la que viene tras de nosotros*⁷.

Dicho vocero respalda la prédica rollandiana —por el acercamiento entre los intelectuales y por la liberación del saber frente a las demandas oficiales— como una manifestación que, al igual que la del grupo *Clarté*, deberá trascender fecundamente en muchos lugares. Se compara a Rolland con Almafuerte y se califica su *Juan Cristóbal* como una obra generacional que simboliza “la biblia moderna del esfuerzo humano”⁸. Roberto Giusti, codirector de *Nosotros*, rescata las denuncias antibelicistas de Rolland, su de-

⁷ Max Hochstaetter, “Ensayo sobre la obra de Romain Rolland”, *Nosotros* (B.Aires), 69, enero 1915, p. 56.

⁸ *Ibidem*, 122, julio 1919, p. 364 y Pedro B. Franco, “Hacia la libertad espiritual”, *ibid.*, 124, set. 1919. Gabriela Mistral ha escrito que *Juan Cristóbal* es el libro más grande de su época. Algunas reservas sobre Rolland, por su sentimentalismo quietista, en Alfredo Costigliolo, “Glosas al quijotismo”, *ibid.*, 139, dic. 1920, pp. 524, 532-533.

⁵ J. Bonnerot, *Romain Rolland. Sa vie, son oeuvre*. (París, Carnet-Critique, 1921).

⁶ Cfr., v.gr., *Catálogo general de la librería española e hispanoamericana*, (Madrid, Cámaras Oficiales del Libro, 1951), vol. 5.

fensa de la Revolución rusa y de los mártires de la nueva fe internacionalista: Jean Jaurés, Carlos Liebknecht, Rosa Luxemburgo y otros ⁹.

Por su parte, la *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación*, cuyo contenido solía reseñarse en publicaciones europeas, también se hace eco de las reivindicaciones efectuadas por Romain Rolland de la Revolución rusa —ante los ataques que ésta sufría a dos años de su gestación—, del grupo Claridad y de la Internacional del Pensamiento, mientras que una pluma gravitante como la de José Ingenieros, fundador de esa publicación, refrenda tales posturas en distintas colaboraciones y las traslada a uno de sus libros más significativos: *Los tiempos nuevos*, para anunciar la inauguración de otra era histórica que, gracias al impulso de los ideales socialistas, podía ser más relevante para la humanidad que el cristianismo, el Renacimiento y la Revolución Francesa¹⁰. Diversas piezas firmadas por Rolland aparecerán incluidas, entre 1919 y 1920, en *Documentos del Progreso*, una serie propiciada por el flamante Partido Comunista de la Argentina¹¹. Al igual que dirigentes

⁹ Artículo publicado por Giusti primero en *Claridad* (BA, 1920) y luego en su libro *Crítica y polémica* (B. Aires, Agencia General de Librería, 1924) con el título: “Los precursores: Romain Rolland”.

¹⁰ R. Rolland, “La Revolución rusa”, *Revista de Filosofía* (BA), marzo 1920; J. Ingenieros, “Los ideales del grupo ¡Claridad!”, *ibid.*, enero 1920, “La reforma educacional en Rusia”, *ibid.*, julio 1920.

¹¹ Entre agosto de 1919 y set. 1920, en dichos *Documentos* se publican varias notas de Rolland y una carta de Gorki a RR (números 2, 4, 7, 8, 11 y 28). Con anterioridad, el periódico comunista *La Internacional* había divulgado primigeniamente (Nº 1, 6 agosto 1917) la opinión de Rolland sobre los levantamientos en Rusia. Otras tribunas socialistas, de orientación universitaria, utilizarían las ideas de Ro-

reformistas argentinos de primerísima línea, como Deodoro Roca y Ripa Alberdi, que rendían tributo en sus arengas a la lucidez de Rolland y a la liga mundial de pacifismo y solidaridad¹², la juventud contestataria del Uruguay haría otro tanto a través de la revista *Ariel* y su nucleamiento homólogo, fundado en Montevideo por el centro de estudiantes bajo el mismo nombre rodoniano en 1917. Apelando a análoga línea idealista, un discurso de Carlos Quijano aseveraba: “Somos la nueva generación en marcha [...] Con nuestras manos [...] hemos de hacer en estas tierras de América el milagro de amor y redención de la humanidad”¹³. Una tónica conceptual similar la brindaban a su vez revistas pertenecientes a la federación estudiantil chilena como *Juventud* (1911-1922) y *Claridad* (1920-1945), la cual contó con varias versiones homónimas en otros países latinoamericanos¹⁴.

Más allá de los confines sudamericanos, surgían voces semejantes e idénticos reclamos. Mientras que en Costa Rica, una tribuna de la magnitud del *Repertorio Americano*, exaltaba el espíritu del núcleo Claridad y sus postulaciones

lland para sus editoriales, por ejemplo, *Insurrexit*, 4, 9 dic. 1920. El hecho de que la reforma educativa impulsada por la revolución soviética tendiera a la enseñanza de los grandes paladines humanos, indujo a Máximo Gorki a pedirle a Rolland una adaptación didáctica de su biografía sobre Beethoven -tal como se comenta tras el triunfo reformista en la Universidad de La Plata (Cf. *Boletín del Centro de Estudiantes de Ciencias de la Educación*, 1, 1920, p. 9).

¹² D. Roca, “La universidad y el espíritu libre” (1920), en *La Reforma Universitaria* (B. Aires, FUBA, 1926, t. I; H. Ripa Alberdi, *Obras* (La Plata, Grupo de Estudiantes Renovación, 1925) p. 108.

¹³ Citado por Gerardo Caetano y José Pedro Rilla en *El joven Quijano* (Montevideo, Edics. de La Banda Oriental, s.d.) p. 35.

renovadoras en un mundo injusto¹⁵, desde México, hacia 1920, una personalidad de la talla de Vasconcelos, —rector por entonces de la UNAM— propugnaba la lectura de las obras de Romain Rolland —junto a las de Galdós y Tolstoi— porque el primero suministraba “una explicación de todos los problemas contemporáneos conforme a un criterio de rebotante generosidad” y porque en aquéllas “se advierte el impulso de las fuerzas éticas y de las fuerzas sociales”¹⁶.

¹⁴ Entre otras: *Claridad*: Argentina (1920, 1925, 1926-1941); Guatemala (1921-1922); Perú (1923-1924); Uruguay (1928). De las citadas publicaciones chilenas, ver *Juventud*, números de octubre y dic. 1919.

¹⁵ *Repertorio Americano*, 15 enero y 1 dic. 1920; 3 marzo y 15 abril 1921.

¹⁶ J. Vasconcelos, *El Universal*, 31 julio 1920; en la antología de Lía García Verástegui, *La gestión de Vasconcelos como Rector de la Universidad* (México, Unam, 1984) p. 35.

El afianzamiento

Durante la década de 1920 no sólo se registra una mayor atracción hacia Romain Rolland sino que puede observarse un principio de conocimiento mutuo entre dicho intelectual y el progresismo latinoamericano. Por una parte, se auspicia la edición o el comentario de sus obras que reflejaban tanto el sacrificio de una generación al Moloch de la guerra y el heroísmo del autor al resistirse a ella como su ataque a la moral católica y su defensa de la libertad sexual¹⁷. Por otra, se establece un vínculo estrecho con la juventud en distintos frentes y en una doble dirección: del grupo *Clarté* y del propio Rolland hacia estas latitudes y de nuestros universitarios hacia ellos. Los primeros, apelando a los “libres camaradas americanos”, a nuestros “trabajadores del pensamiento” —artistas, escritores, estudiantes— para aunarse en una renovación espiritual y axiológica frente a la explotación, el parasitismo y las ideas erróneas; a crear secciones locales confederadas para propalar los comunes principios solidarios; a alistarse en el combate mundial entre las convicciones liberales y la reacción; a defender el establecimiento de facultades humanistas en todas las universidades como apoyatura para ese mismo combate¹⁸. Por

¹⁷ La serie antológica *Los pensadores* (28, 19 set. 1922) saca la *Vida de Beethoven*. La editorial Pax de Buenos Aires publica el *Clerambault*, con versión de Giusti y Manuel Gálvez, hace traducir *Los precursores* y proyecta la salida del *Romain Rolland* de Pierre Jouve. Cfr., p. ej., comentarios a obras de Rolland por Guglielmini, Suárez Calimano y Giusti en *Nosotros*, nº 141 (1921), 161 (1922), 172 (1923), 223 (1927).

su lado, nuestros reformistas le envían sus materiales y recaban colaboraciones de Rolland, al cual citan y publican con frecuencia u obtienen la contratación de figuras muy cercanas al mismo, como fue el caso rotundo de Jorge Nicolai, quien, perseguido en Europa por su credo pacifista, se incorpora a la enseñanza en la cuna de la insurgencia estudiantil: la universidad cordobesa¹⁹.

Alfredo Palacios, que presidía la Unión Latinoamericana —con sede en la redacción de la revista *Nosotros*—, en una carta a Gabriela Mistral, donde le hablaba de la importancia del movimiento juvenil reformista, no vaciló en calificar a Rolland como “el irreductible [...], el más potente y audaz removedor del alma latina”²⁰. Algunos peruanos notables —Haya de la Torre, Mariátegui y Basadre— suman sus voces al reconocimiento continental de Rolland, al cual destacan por diferentes razones: por su labor de mancomunidad intelectual, por su menosprecio a un or-

den crepuscular, por su pesimismo ante la realidad y su optimismo frente al ideal, por su apertura escénica a las masas, por referirse con amor a la misión de la América indo-íbera y por convertirse en un verdadero conductor. Más específicamente:

La influencia del pensamiento de Romain Rolland sobre nuestras primeras reacciones es innegable. En los días de la “revolución estudiantil” ¿quién de entre nosotros no ha oído resonar en los debates agitados de nuestras asambleas juveniles, el nombre del autor de Juan Cristóbal? ¿Quién de entre nosotros no ha sentido el orgullo de ver lanzar contra nuestra generación los mismos insultos con que la histeria nacionalista intentó enlodar a Romain Rolland? Pocas obras y sobre todo pocas vidas europeas se hallan tan cerca de la insurrección de la juventud latinoamericana [...] Romain Rolland es el gran

¹⁸ El *Mensaje a los intelectuales y estudiantes de la América Latina* de Barbusse y Anatole France fue reproducido por diversos órganos de nuestro continente, entre los más importantes: *Rev. de Filosofía*, mayo 1921, que lo toma de una publicación efectuada por la Federación Universitaria Argentina. Entre otros intercambios relevantes, ver “Romain Rolland y la juventud de América” y “RR se dirige al grupo de estudiantes Renovación”, en *Valoraciones* (años 1923 y 1924) “Mensaje de RR a la juventud ibero-americana”, *Estudiantina* (1926), donde Rolland alude a su encuentro en Europa con un dirigente como Saúl Taborda o anuncia el viaje de Tagore por América.

¹⁹ A su llegada a la Argentina, se publica un folleto con trabajos alusivos de Alfonso Bernard y el propio Rolland: *Nicolai y el pensamiento social contemporáneo* (B. Aires, Minerva, c. 1922). Anteriormente, ya había salido el texto de Rolland como *Un gran europeo: Nicolai* (1917), vertido por el traductor del primero, Atilio Chiappori. Sobre Nicolai, ver

trabajo de Clara Jalif de Bertranou en H. Biagini (comp.) *El movimiento positivista argentino* (B.Aires, Editorial de Belgrano, 1985).

²⁰ A. Palacios, “A Gabriela Mistral”, *Sagitario* (La Plata), junio 1925. Para el vínculo Rolland-Mistral, cfr. la nota de esta última, “Con Romain Rolland”, reproducida en *Repertorio Americano*, 15 feb. 1926, o la carta a Palacios de RR, donde éste, además de alentar la unión de los jóvenes iberoamericanos, emite un juicio sobre el futuro que converge con un discurso usual entre las filas reformistas: “Nuestro Dios es el porvenir...pletórico de esplendor y de infinitas fuerzas”, *Estudiantina*, 1926, p. 104.

*amigo de nuestra causa
(su mejor amigo en la Europa preocupada e indiferente)*²¹

El propio Mariátegui aludió a otro aspecto de Rolland que aumentaba su gravitación por ese entonces, cuando, pensando quizá en las empatías de este último con personajes como Gandhi o Tagore, lo caracterizó como el Mahatma de Occidente. Con los estudios y las aproximaciones de Rolland a la cultura hindú se refuerza una tónica místico-teosófico-orientalista que desde principios de siglo venía procurando acercarse al pensamiento de la India²².

El jubileo internacional de Romain Rolland, cuando llega a los sesenta años de edad, transcurre en medio de una serie de homenajes en el exterior. El más representativo de ellos —organizado por Gorki, Duhamel y Zweig para quien mejor y más valientemente “ha traducido las aspiraciones de la nueva humanidad”—, fue aquel en el que participan, junto con representantes de todas partes, connotados luchadores y escritores hispanoamericanos como Fernando de los Ríos, Salvador de Madariaga, Unamuno, Haya de la Torre, Manuel Gálvez y Carlos Amaya, quienes subrayan el papel socrático desempe-

²¹ Haya de la Torre, “RR y la nueva generación Latino-Americana”, *Sagitario*, 6, agosto 1926, pp. 405 y 406; Jorge Basadre, “Semblanza de RR”, *Rev. de Filosofía*, nov. 1925 y José Carlos Mariátegui, “RR”, *ibid.*, set. 1926.

²² Mariátegui, *ibid.*, p. 320. Cfr. también artículo de Victoria Ocampo, “El Mahatma Gandhi a través de RR” que se reprodujo en *Repertorio Americano*, 2 junio 1924, o del mismo Rolland, “El mensaje de la India”, *Valoraciones*, enero 1925.

ñado por Rolland, su conciencia libre, su austeridad y honradez intelectual frente a los falsos revolucionarios, moralistas retóricos y profesionales de las ideas. Describen a nuestro autor como el primer gran europeo que ha comprendido en toda su grandeza el movimiento de rebeldía emprendido por la juventud iberoamericana, así como la amenaza imperialista sobre nuestros pueblos y la necesidad de que éstos abandonasen el chovinismo separatista. Vasconcelos, que había recibido una carta de Rolland donde saludaba a la nueva generación, testimonia allí su agradecimiento, en nombre de los lectores pobres de México e Hispanoamérica, por haber obsequiado Rolland sus derechos de autor sobre la edición popular que efectuó la UNAM de sus famosas biografías ejemplares (Beethoven, Miguel Angel, Tolstoi) y que se repartieron gratuitamente por todo el continente²³.

En el plano doméstico, otro volumen celebratorio fue encarado por una revista de los alumnos del Colegio Nacional de La Plata, *Estudiantina*, donde Rolland es considerado como el profeta de una época sin profetas, como sintetizador de excelsas inquietudes contrarias a un pragmatismo lucrativo y cortesano, como el más grande maestro de las juventudes idealistas.

²³ *Liber Amicorum Romain Rolland* (Zurich, Rotapfel, 1926). Dichas biografías tuvieron un buen comienzo en el mundo hispanoamericano, con la traducción llevada a cabo por Juan Ramón Jiménez y publicada por la célebre Residencia de Estudiantes en Madrid. La referida versión mexicana fue editada más tarde, hacia 1923. En unas cartas intercambiadas entre Vasconcelos y RR, éste afirmaba que, pese a la dominación anglo-sajona —ante la cual al mundo le correspondía reaccionar vigorosamente—, “hoy en la humanidad todo se liga, todo se relaciona, todo debe ser *sinfonía*”: *Valoraciones*, 3, abril 1924, 263ss.

Adhirieron a ese homenaje —que incluía ilustraciones y páginas escogidas de Rolland— o colaboraron entre otros: Juana de Ibarborou, Carlos Sánchez Viamonte, Luis Heysen, Fernando Márquez Miranda, Carlos Bianchi, Andrés Ringuélet y Guillermo Korn²⁴.

En esos años, Miguel Ángel Asturias y otros latinoamericanos visitan personalmente a Rolland y lo invitan a un mitin parisino en favor de la acción desplegada por Sandino en Nicaragua, con cuya lucha se solidarizó, pese a hallarse en esa época embargado por la doctrina gandhiana de la no violencia²⁵. Además, junto con Barbusse y Einstein, encabeza la iniciativa de crear un comité internacional contra la ola de barbarie fascista y el terror blanco²⁶. Asimismo, vuelve a tomar partido por la Rusia soviética frente a sus enemigos —“el ‘orden moral’ burgués y el imperialismo de los negocios”—, pues a pesar de los crímenes y la censura, en aquella subsiste “la miserable esperanza del

²⁴ *Estudiantina*, febrero 1927. Entre otros números dedicados a RR: *Repertorio Americano*, 4 diciembre 1926, que incluye un trabajo de Haya de la Torre, “RR y la América latina”, donde aquel reitera la influencia provocada por Rolland en los cambios culturales y educacionales en el continente. La misma publicación costarricense (18-10-1930) insertará una colaboración de Haya, “Lo que opina RR sobre los destinos de A. Latina”, donde Rolland ataca al imperialismo yanqui y al superpatriotismo de los latinoamericanos.

²⁵ Más datos, en el prólogo del mismo Asturias al libro de Fedro Guillén, *León Tolstoy, RR, Martin Luther King* (México, sin pie impr., 1974).

²⁶ “Barbusse, Rolland y Einstein contra el fascismo”, *Rev. de Filosofía*, julio 1927.

porvenir humano” y una serie incontestable de adelantos característicos de un mundo nuevo:

- los progresos gigantescos en la formación de la razón popular y en el trabajo organizado;
- la protección de la infancia y el dedicar a la enseñanza una quinta parte del presupuesto nacional;
- la fiebre laboriosa que arde en los estudiantes, en los profesores, en la ciencia de ese país y el apoyo estatal que reciben sus investigaciones (mientras Francia deja a sus sabios en las boardillas)²⁷.

Con todo, cabe advertir diversos reparos a algunas actitudes de Rolland provenientes de los mismos sectores progresistas que lo exaltaban. Observaciones que cuestionan ciertas inclinaciones rollandianas: por condenar en abstracto las guerras sin denunciar a la sociedad que las desencadena, por repudiar al nacionalismo sin reparar en la realidad histórica de las patrias y en sus aspectos más plausibles, por soslayar los problemas políticos y económicos que exigen una acción positiva y que no cabe reducir a una cuestión de conciencia —donde basta con predicar el ideal sin necesidad de realizarlo—, por mantener un pensamiento social que no distingue entre lo probable y lo que debería ser, por la dificultad de ejercer una transformación total del mundo, en suponer que los hombres se hallan en condiciones de crear su fe libremente, o, en resumidas cuentas:

²⁷ “RR contesta a dos escritores rusos”, *ibid.*, marzo 1928.

*Admirar y respetar a Romain Rolland por su inmenso amor de justicia y su firme estoicismo, no debe ser sinónimo de proclamar y defender sus tesis, pues, todo aquel que comprenda en su auténtico sentido el valor de la jornada a emprender, coincidirá en que la posición única de la juventud, mientras haya injusticias que combatir, es de franca beligerancia. Hablar de paz, de no violencia, ante una injusticia es muy dulce y bondadoso; pero también es muy ingenio. Nuestro grito en América Latina tiene que ser de guerra contra los males de dentro y de fuera porque él nos traerá la anunciación de una América justa y solidaria*²⁸.

La vía consagratoria

Hacia los años treinta se puede inferir, precisamente, una mayor politización por parte de Rolland en sus embates contra el nazi-fascismo y en su sostenido aval al férreo régimen que se

²⁸ “RR un libre y noble aliado de nuestra generación”, *Estudiantina*, febr. 1927, p. 88; Basadre, *op.cit.*, pp. 434-435; Mariátegui, *op.cit.*, p. 320.

²⁹ *Claridad* (BA): “Mensaje de RR a la juventud idealista de A. Latina”, 142, 15-9-1927; “RR saluda a Rusia en el X aniversario de la revolución”, 149, 24-12-27; “La respuesta del Asia a Tolstói”, 167, 22-9-28; “Un exponente del pensamiento revolucionario contemporáneo” (Nº dedicado a RR), 188, 1929; “Europa ensánchate, o mueres”, 231, 23-5-31; “Carta a M. Gorki. Saludo de un amigo francés” (en doble versión al español): 234, 11-7-31 y 238, 14-11-1931; “Adios al pasado”, 246, 11-6-1932; “Rolland y Barbusse: el

estaba cristalizando en la Unión Soviética.

Dicha radicalización se ha visto proyectada y respaldada, por ejemplo, en nuestro medio, a través de publicaciones como *Claridad* o de plumas influyentes como las de Aníbal Ponce. En las columnas de *Claridad*, asumida desde el subtítulo como *Tribuna del Pensamiento Izquierdista*, aparecen una veintena de colaboraciones rollandianas²⁹. En ellas, Rolland, con directo estilo admonitorio, va tomando partido frente a la gama de acontecimientos cruciales que sucedían en una época de creciente antagonismo mundial.

Allí ocupa un capítulo importante la Revolución rusa, a la cual Rolland defiende no sólo al cumplirse los festejos de su décimo aniversario sino también en etapas tan sombrías como la de las purgas ulteriores, cuando viaja a Moscú para frecuentar a los estudiantes, a Máximo Gorki y al mismo Stalin, cuyo espíritu revanchista minimiza así como sus ataques al culto religioso. Desilusionado por la ausencia de pueblo en Occidente, Rolland cree hallarlo “en la inmensa vida despertada en las profundidades de la URSS”, condenando tanto “las mentiras de la política y los crímenes de la civilización” como

Congreso Mundial contra la Guerra”, 250, 23-7-32; “Contra el fascismo, un llamado a la juventud”, 269, 30-9-33; “Carta a un clérigo sobre la Rusia soviética”, 297, enero 1936; “El mensaje de RR”, 299, marzo 1936; Gorki: “De hombre a hombre: RR”; 302, 1936; “Mensaje al pueblo argentino”, 304, agosto 1936; “Carta sobre André Gide”, 311, marzo 1937; “No desesperéis, judíos”, 333-334, marzo 1939. Ver también nota de RR, “A propósito del fascismo alemán”, transcrita en *Nosotros*, abril 1933. Estos trabajos son utilizados subsiguientemente. Sobre la revista citada, ver el estudio de Florencia Ferreira, *Claridad y el internacionalismo americano* (B. Aires, Edit. Claridad, 1998).

las democracias del momento, que identifica con los imperios y sometidas a malsanos intereses contrarrevolucionarios. Denunciando la traición de los intelectuales, que prefieren asociarse a quienes sujetan las cadenas de los pueblos en vez de ayudarlos a quitarse sus mordazas, Rolland efectúa una doble apuesta:

— por una generación que acabe con la putrefacta ideología burguesa para “dejar sitio a los retoños jóvenes y vigorosos de un mundo nuevo”,

—para que se ensanche “el foso entre el coloso del Capitalismo internacional y el otro gigante: la Unión de los Trabajadores Proletarios”. Esa divisoria tajante de aguas lo había conducido “fatalmente” al lado de la URSS.

En síntesis, acorde con su propia declaración: “Por una parte, mantengo la esperanza de construir una *Burg* del espíritu internacional, sin fronteras, sobre los cimientos del individualismo libre, lúcido e intrépido. Por otra parte, la aguja de la brújula marca el Norte, el fin hacia el cual marchan las vanguardias de Europa, los heroicos revolucionarios de la URSS, la reconstrucción social y moral de la Humanidad”.

Al mismo tiempo, en nombre de quienes se oponen al terrorismo, Rolland enfila sus baterías contra el hitlerismo, esa peste grisácea que rápidamente había sobrepasado, en exceso y violencias, a la peste negra del fascismo italiano, coartando las libertades y los derechos sobre los que descansaba la civilización moderna. Si bien considera al sionismo como una variante ultranacionalista, combate el antisemitismo y destaca la grandeza del pueblo judío, al cual le

pide que tenga confianza en el triunfo definitivo de la justicia proclamado por los profetas y los libros sagrados. Asimismo, *Claridad* transmite el apoyo que brindó la Unión Latinoamericana de Estudiantes a la campaña de Rolland y Barbusse en favor del Congreso Mundial Contra la Guerra, junto a la exhortación efectuada por la misma ULAE a las organizaciones afines para que hicieran sentir su protesta en ese foro y para que la rebeldía tradicional de los estudiantes de América latina se levantase unánime para condenar la guerra.

Rolland recurre a uno de sus géneros favoritos, la carta-mensaje, para dirigirse a los argentinos —vía Ernesto Giudice, secretario general del comité antifascista en nuestro país presidido por Sánchez Viamonte, José Peco y Julio Noble— y proponerles una acción conjunta frente a diversas carencias y acechanzas:

La Sociedad de las Naciones se ha mostrado como el instrumento de las grandes potencias [...] no será lo que debe ser, un instrumento de justicia y pacificación, sino cuando sean los pueblos [...] los que la organicen [...] Que el pueblo argentino -de cualquier raza que sea- siga el ejemplo de aquellos pueblos de Europa y Asia que se han puesto a luchar resueltamente por un frente popular, a fin de imponer su voluntad a su gobierno y librarse del dominio del imperialismo, generador de guerras de conquistas, de rivalidades y de naciones de fascismos bárbaros. No hay razas enemigas ni pueblos enemigos, hay ideologías opuestas: la ideología de los “elegidos” que frecuentemen-

te recubre la simple rapacidad de grupos egoístas que hablando de patriotismo, están siempre listos para vender la patria en beneficio propio; y la ideología de la fraternidad, de la internacional, que quiere borrar las fronteras, abolir la guerra y las rivalidades; instaurar por fin la justicia y la paz.

Nosotros somos, todos, destacamentos del mismo ejército: nuestra causa común es la misma. Y nuestro enemigo es el mismo. Unámonos. Nosotros venceremos!

También rescatamos un acto público —para evocar a Rolland ante su septuagésimo aniversario— que se celebra en Montevideo, donde el dirigente marxista uruguayo Emilio Frugoni subraya las distintas cualidades del homenajeado: unir la razón y la fe, la especulación y la acción; apartarse de groseros materialismos y espiritua-lismos; sus grandes alas de idealidad y amor; su penetrante exploración del alma humana y del sentido inmanente de la vida universal; su mensaje vibrante, como latigazo, contra despotismos e iniquidades, que las multitudes oprimidas acogen esperanzadamente³⁰.

Aníbal Ponce ha interpretado de un modo di-símil la evolución ideológica de Rolland y su repercusión en el movimiento estudiantil. Inicialmente, al adherir gustosamente al citado núme-

ro-homenaje que efectuó la revista *Estudiantina*, Ponce reconoce su magisterio entre “los hom-bres que entramos a la Juventud con el horror de la guerra”, como un apóstol dotado de “tal ímpetu generoso, tal calor de humanidad, que nadie sabría negarle la simpatía del corazón”³¹. Más tarde, el mismo Ponce, en un acto conmemorativo de la Reforma Universitaria (Córdoba 15 julio 1935), toma distancia frente al idealismo rollandiano y a su correlativo enfoque genera-cional:

nuestro buen Juan Cristóbal, que hace diecisiete años se lanzó a la conquista de la Universidad señorial, llevaba en el corazón ilusiones sin medida, y en el espíritu las doctrinas más dispares [...] Creía que la juventud tenía un valor en sí; que la historia era un choque perpetuo entre generaciones [...] y que basta-ba por lo tanto desalojar de los claustros a los envejecidos y arrojar del gobierno a los mediocres, para que empezáramos a vivir “la hora americana” [...] Des-dichada teoría y candorosa fatuidad a las que debió en buena parte su derro-ta [que] le hizo entrar por los ojos el cru-do dramatismo de la realidad contem-poránea. En las prisiones y en el destie-rro comenzó a sospechar que las luchas de clase son las que dirigen la historia”³².

³⁰ *Claridad*, 299 (1936), *op.cit.* Hacia la misma fecha y en la misma ciudad de Montevideo una ex militante estudiantil, Luisa Luisi, redacta un largo trabajo, en torno a la concilia-ción rollandiana de la mística occidental y oriental, que se-rá publicado por *Nosotros* en junio de 1936.

³¹ *Estudiantina*, febrero 1927, p. 122

³² A. Ponce, “Condiciones para la universidad libre”, en sus *Obras Completas* IV (B. Aires, Cartago, 1974) p. 539.

Pocos meses después, en el Colegio Libre de Estudios Superiores, Ponce imparte el curso “De Erasmo a Romain Rolland”, el cual se deriva en un libro que procura publicar ante el centenario de Erasmo y el jubileo de Rolland. Allí se profundiza la crítica a la óptica elitista que éste retomó de Renan, a su negación de la compleja conflictividad humana, a sus inflexiones esteticistas, a sus apuestas por la libertad abstracta, etc. Sin embargo, Ponce aplaude el giro significativo que efectúa Rolland cuando adquiere conciencia de los prejuicios educativos que lo atenazan y pasa del humanismo burgués al proletario: “En ningún otro escritor contemporáneo nos es dado seguir mejor que en Romain Rolland ese largo proceso que él mismo ha llamado la agonía de ‘una obstinada ilusión’ [...] en una Inteligencia que se cierne por arriba de las cosas [...] Desde el instante lejano en que la guerra lo lanza a defender entre las nubes la Ciudad del Espíritu que él creía amenazada, hasta el día de hoy en que marcha orgulloso entre las filas de la revolución proletaria, RR ha cambiado desde la base a la cumbre su concepción del mundo y de la vida”³³.

Se trataba de una imagen de Rolland que en parte venía a coincidir con la que tiempo atrás

había sostenido León Trotsky cuando descalificaba al primero por imputarle una mentalidad indecisa, excesivamente contemplativa, altanera, oscilante, egoísta y moralizante³⁴; imagen hostil que, para Trotsky, va a recrudescer cuando el “predicador suizo” (RR) intente seguir abogando por la política estalinista³⁵. Otros, como el chileno Enrique Espinoza, se sorprenden por el supuesto cambio de quien los había dirigido desde la época estudiantil, entre el Rolland que en 1934 rechaza —junto a Malraux— la expulsión de Trotsky en Francia y su silencio ante las ejecuciones sumarias en Rusia³⁶.

No obstante, el prestigio intelectual de Rolland y hasta su reubicación ideológica —compartida por numerosos intelectuales de la hora— continuarían recibiendo múltiples halagos. Desde Cuba, Alberto Delgado Montejo, en un largo artículo, lo describe como uno de los escritores franceses más gloriosos y universales, como un permanente sembrador de inquietudes que, tras comprobar lo inútil de la no violencia, da el vuelco esperado: su conversión al comunismo³⁷. Asimismo, se resalta el artículo “Necesidad de la revolución”, aparecido en la revista *Europe* con motivo de la gesta de 1789, donde RR asegura: “La Revolución del 89 ha sido detenida a medio

³³ A. Ponce, *O. Completas III* (ed.cit.), pp. 497ss.

³⁴ “RR y Walt Whitman juzgados por Trotsky”, *Nosotros*, nov. 1922, p. 424.

³⁵ “León Trotsky le contesta a RR”, *Repertorio Americano*, 21-5-1936.

³⁶ E. Espinoza, “Trotsky y RR”, *ibid.*

³⁷ A. Delgado Montejo, “Figura y ejemplo de RR”, *Reperto-*

rio Americano, 25-7-1936. Juan Ingalinella, un joven dirigente comunista, romperá con un compañero trotskista siguiendo el ejemplo de Juan Cristobal que se había peleado con su mejor amigo para preservar los ideales. Por otro lado, Ingalinella relata en sus cartas los sacrificios monetarios que realizó para concretar una vieja aspiración: “comprar la colección completa de Juan Cristóbal de RR”, citado por Bernardo Kleiner en *20 años de movimiento reformista*. (B. Aires, Platina, 1964) pp. 356, 358.

camino. Es preciso que vuelva a emprender su marcha hasta que sus grandes promesas se hayan cumplido”³⁸.

A la muerte de Rolland, al término de la II Guerra Mundial, una publicación juvenil tucumana resuelve consagrarle un número entero, subrayando la importancia de sus mensajes frente a la barbarie autoritaria, su exaltación de las grandes energías individuales y colectivas, su creencia en la revolución social y en la transformación del orden burgués, su empeño para que predominasen los valores de la paz, la democracia y la cooperación³⁹.

La propagación latinoamericana del pensamiento de Romain Rolland, interrumpido tras su confinamiento por los nazis en un campo de concentración y su casi inmediato fallecimiento, es retomada a través de sendos volúmenes que publica Eugen Relgis en el Uruguay. El ensayista rumano, reconocido heredero personal del ideario rollandiano —en sus vertientes humanitarias y pacifistas—, edita en su primera entrega una documentación primordial: las respuestas que Rolland le había enviado tras una entrevista que mantuvo con él en su casa de Villeneuve, junto a la correspondencia y a las polémicas que sostuvieron ambos entre 1928 y 1940; amén de diversos estudios bio-bibliográficos *ad hoc* del

propio Relgis⁴⁰. El segundo trabajo, de corte más sistemático, se refiere incidentalmente a algunos temas que nos tocan de cerca, como el abandono del paneuropeísmo por parte de Rolland, su profunda percepción sobre la común caracterología identitaria de las naciones, su descubrimiento de la América indolatina y del despertar de sus pueblos disputados por el imperialismo británico y estadounidense, la pléyade de cartas y mensajes que dirigió a este continente⁴¹.

También en el Río de La Plata verá la luz otro de los libros orgánicos que se ha dado a conocer en Latinoamérica acerca de nuestro escritor. En él, Bernardo Ezequiel Koremblit examina frondosamente el cosmopolitismo rollandiano, sus distintas facetas redentoristas o su llamamiento a los jóvenes para amalgamar el pensamiento con la acción. Un capítulo sugerente traza una curiosa comparación entre el tolstoiano Romain Rolland y el krausista Hipólito Yrigoyen, con sus anhelos de autonomía y neutralidad, con su similar repudio al inicuo Tratado de Versalles y a la incompetencia de la Liga de las Naciones⁴². Tras los estudios de mayor aliento en torno a Romain Rolland, en Mé-

³⁸ “*Europe dedica un número a la Revolución Francesa*”, *Nosotros*, agosto 1939, p. 415.

³⁹ *Víspera*, 3, feb. 1945.

⁴⁰ E. Relgis, *Romain Rolland* (Montevideo, Ed. Humanidad, 1951) 202 págs.

⁴¹ E. Relgis, *El hombre libre frente a la barbarie totalitaria. Un caso de conciencia: RR*. Separata de los Anales de la Universidad (Montevideo) 168, 1954, 160 págs.

⁴² B. E. Koremblit, *RR. Humanismo, combate y sociedad*. (B. Aires, Argos, 1953) 463 págs. En la misma época, Koremblit prologa el *Diario de los años de guerra, 1914-1919* de RR (B. Aires, Hachette, c. 1954). Posteriormente, otro argentino, Eduardo Rosenzvaig, se ocupa con largeza de la posición de RR ante la I contienda mundial, en *Los intelectuales frente a la guerra y la paz. Europa occidental 1914-1919* (B. Aires, Leviatán, 1985). El mismo grupo editorial se adelantó a publicar del propio Rolland, en una versión directa del original que había aparecido un año antes

xico aparecen los paralelos con figuras mundiales como Tolstoi y Luther King o con filósofos iberoamericanos de la talla de Unamuno y Vasconcelos⁴³.

Fuera del ámbito erudito y académico, la presencia de Rolland se prolonga en las lecturas que emprende Fidel Castro durante la prisión que le impuso la dictadura de Batista por su asalto al Cuartel del Moncada, donde aquél introdujo y disfrutó de los “sedantes e inspirados tomos de *Juan Cristóbal*”, debiendo fabricarse una lamparita de aceite para poder leerlos por la noche⁴⁴. Salvando distancias, ¿cómo evitar los parangones y el cálculo de incidencias entre la visión de la juventud

propuesta por Rolland y la que enarbolaría programáticamente el Che Guevara medio siglo más tarde, habida cuenta que el primero se adelantó en caracterizar a los jóvenes como aquellas personas que llegan a estremecerse hasta el delirio cada vez que se comete una injusticia en cualquier rincón del mundo...?

en francés, *Por la revolución, la paz* (B. Aires, Siglo XX, 1936, 177 pp.) y editó varias veces su libro sobre Gandhi; mientras que en Chile se produjo un idéntico fenómeno de simultaneidad con otro texto retrospectivo de RR, *Quince años de combate* (Santiago, Ercilla, 1936), traducido por Ciro Alegría.

(43) C. Deambrois-Martins, *Rolland, Unamuno, Vasconcelos*. (México, Finisterre, 1969); F. Guillén, *op.cit. ut supra*, n. 25. En el centenario del nacimiento de Rolland, evocándose su concepción del arte social al servicio del hombre y del progreso moral, se comparó el *Juan Cristóbal* con otras grandes sagas como las de Balzac y Zola: Ricardo Giusti, “RR rabelesiano”, *Cuadernos Americanos*, oct. 1966. Sobre Rolland a los 50 años de su muerte, ver Sergio Chiáppori, “El alma encantada”, *La Prensa. Cultura*, 31 dic. 1994.

(44) F. Castro, *Nada podrá detener la marcha de la historia* (La Habana, Editora Política, 1985) p. 83 y “Fidel Castro relató anécdotas...”, *La República* (Montevideo) 9 nov, 1998, p. 29.

EL CHE GUEVARA COMO PARADIGMA

Jamás fue viejo, nunca dijo palabras que no fueran muchachas palabras. Sus acciones eran y son, audacia adolescente. Su madurez, de pensamiento y hecho, son arroyo de juventud

LEOPOLDO AYALA

mira a esos jóvenes estudiantes con cara de polizones, recorrer palmo a palmo la tierra americana, en barco mercante, en lancha, a pie, en tren en marcha huyendo.

Míralos realizar todos los oficios del hombre, transportadores de mercancías, hombreadores de bolsas, fregadores de platos, disfrazados de aventureros, de deportistas, de mendigos,

mira al mayor de fotógrafo ambulante en México, fijando en la placa implacable los rostros más humildes, los anónimos rostros de su pueblo, mira al menudo negociante que en realidad estaba reconociendo la tierra y los hombres por los que iba a morir

FINA GARCÍA MARRUZ

Se intenta establecer aquí las motivaciones que han llevado a la juventud mundial a experimentar una atracción singularísima hacia la figura de Ernesto Guevara. Con tal motivo, se encaran los presumibles rasgos temperamentales y las filiaciones ideológicas que pueden emanar de una personalidad tan polifacética como la del Che para producir una incidencia semejante. Asimismo, se analiza la repercusión que tuvo en

su momento el asesinato del Comandante Guevara y la especial resonancia que provocó el hallazgo de sus restos en la actualidad. También se rastrea la visión que el propio Guevara tuvo sobre los jóvenes en sí mismos y sobre sus propios años formativos. Por último, se brinda un balance crítico-interpretativo de su significación general.

Si bien el presente enfoque se halla centrado en la juventud universitaria o con un alto grado de politización, no puede desestimarse un sentido súmamente representativo para la tradición latinoamericana: entender el concepto de juventud no sólo en términos etarios sino en su multi-significación: como espíritu combativo y esforzado, como rebeldía contra la injusticia y a favor de los excluidos.

Genio y figura

Es hora de preguntarse frontalmente por la fascinación que experimentan los jóvenes de distintas latitudes y condiciones hacia Ernesto Guevara. ¿Qué pautas ideológicas y cuáles rasgos distintivos deben tomarse en cuenta para una personalidad tan compleja como la suya? ¿Podrá obedecer dicho influjo a una extraña alquimia que, con los heterogéneos seres ideales disparados por la escuela y los medios, terminó componiendo un arquetipo peculiar que llegó a trastocar el bronceo firmamento de la historia oficial?

Si repasamos los personajes y los símiles con que, por distintas razones, fue parangonada la silueta del Che, sobresale —seguramente a su pesar— una gruesa aureola de procerato. Así se lo apoda el Ulises o el Clausewitz del Tercer Mundo y el Cid Campeador de los condenados de la tierra. Desde el tronco indígena, sería el continuador de Cuauhtémoc y Túpac Amaru; un nuevo Viracocha que transforma las piedras en guerreros y los guerreros en piedra. También se lo ha identificado con una larga legión de notables: desde Francisco de Asís, Bartolomé de las Casas, Hidalgo, Morelos, Bolívar, Sucre, Garibaldi, Zapata, Sandino y Albert Schweitzer, hasta semicompatriotas suyos como los cubanos Martí y Maceo o argentinos como San Martín, Gardel y Fangio juntos. Entre ellos se encuentran quienes, al estilo del Che, reúnen la excelencia adicional de haber perecido en combate y a temprana edad. Tampoco faltó la divinización de ese caballero Bayardo, de ese Martín Fierro caribeño, de ese Quijote de alegre estampa —ufanado en sentir bajo sus talones el costillar de Rocinante que siempre lo impulsaba hacia otros desafíos—, cuando a su muerte fue tenido como un Cristo laico o, *Marechal dixit* parafraseando al gravitante Dios aristotélico, como un motor inmóvil que organizaría el ritmo de las futuras batallas.

Existen diversos rasgos del Che que permiten mancomunar conciencias juveniles: desde su independencia personal o su conducta íntegra y austera hasta su disposición para el sacrificio y los renunciamentos. Por otra parte, el rechazo al formalismo, a la figuración y a las prerogativas, junto con la vocación de servicio, la

versatilidad laboral y deportiva, la sostenida contracción al estudio pluridisciplinario, van completando la tabla axiológica. Su descomunal capacidad para el trabajo ha sido testimoniada hasta por los adversarios de la revolución cubana como Heberto Padilla. Un precoz lema sintetizador, el “piernas fuertes y estómago de faquir” (carta a su madre, Guatemala 28-7-54). ¿No es acaso el hombre universal, de mentalidad y mirada penetrantes, de acción decidida, que aguardaban tantos millones de desposeídos y que veneraron los campesinos durante su campaña libertadora en la gran Antilla: “viene a quitarnos de encima las desgracias, el hambre, el churre y la miseria” .

Otro apartado para el heroísmo ejemplar, para los “cuatro pares de cojones” con los cuales se dotaba a ese “estratega del carajo” que, con su asma abismal a cuestas, produjo hazañas y proezas sin alarde, retando al peligro desde la primera línea de fuego, en regiones ignotas, contra fuerzas militares desbordantes, restañando las heridas de los prisioneros y exigiendo un estricto *fair play* para con ellos: “La vida de ese hombre no tiene precio. Les aseguro que su pensamiento estaba en el espacio antes de que los rusos y los yanquis pusieran el pie en la Luna” (apreciaciones del Che ante el soldado enemigo según relato de Benigno Alarcón sobre la expedición boliviana).

Entre las filiaciones políticas más cautivantes para el sector generacional en cuestión se halla la profesión de fe latinoamericana y antiimperialista, frente al gran enemigo del género humano y al gendarme mundial de la represión, tal como calificó Guevara a los Estados Unidos en su

mensaje a la Tricontinental y en su resonante intervención ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, cuando, con similar expresión a la utilizada por los reformistas cordobeses en su manifiesto inaugural, sostuvo que iba a llamar a las cosas por su nombre. Paralelamente, emerge su desprecio a la burocracia —gubernativa, partidaria, sindical— por distanciarse de la gente; su oposición a los dogmas, a la persecución ideológica y al quietismo de izquierda. Por último, su marxismo crítico y su internacionalismo obrero; su prédica y sus conceptos sobre el revolucionario en tanto tipo antropológico superior, sobre la necesidad de transformar tanto a la sociedad como al individuo y sobre el reflejo visceral de indignación que deben producir las injusticias. Segunda autosíntesis: “luminosa [luciente] fe en el futuro socialista” (carta a su tía Beatriz, diciembre 1953, desde “los dominios de la United Fruit” en Costa Rica).

Parte de ese ideario fue mamado por Ernesto Guevara desde su nacimiento, producido en vísperas del décimo aniversario de la Reforma Universitaria. Sus primeros años transcurrieron en una atmósfera familiar impregnada por el antimilitarismo, el repudio al clericalismo y a las distintas variantes del fascismo vernáculo o exógeno. En ese ambiente confluían, predominantemente, la intransigencia radical, el socialismo democrático y el propio movimiento reformista. Ernesto encabeza un grupo de la Federación de Estudiantes Secundarios (FES), enfrentada con organizaciones filo-nazis como la Alianza Libertadora Nacionalista y a similares actitudes como las que sostenía el peronismo cuando predicaba que matar un estudiante era hacer obra patrióti-

ca. También se lo verá movilizarse en favor de un joven alumno, Mario Bravo, secuestrado por la policía peronista y, desde el exterior, defender a los universitarios guatemaltecos que Perón mantuvo encarcelados bajo penosas condiciones. Entre tantas versiones, se ha recogido una sobre la evaluación que habrían hecho ciertos profesores del Guevara adolescente:

Aprovecha hasta la más mínima ocasión para atacar a la Iglesia católica; tiene ideas marxistas y es en clase el cabecilla de los izquierdistas. Es un alumno excepcional. Parece un adulto, se comporta como si fuera mayor de lo que es. Una personalidad relevante pero caprichosa, indisciplinada. Se propone metas que están muy por encima de sus posibilidades (A.V., Querido Che)

Otra apreciación le adjudica el haber acelerado su carrera de medicina, rindiendo muchos exámenes en un tiempo record, para evitar el estudio obligatorio de la asignatura Educación Justicialista que Perón impondría en 1953 como requisito para graduarse.

Un fuerte predicamento concitó en él la causa de los republicanos españoles, con quienes estuvo conectado íntimamente desde pequeño, a través de un tío que combate en el frente leal y de diversos refugiados que se instalan en Córdoba. Más tarde, un oficial del exilio ibérico le imparte entrenamiento militar en México junto a los jóvenes castristas con quienes luego se embarca para derrocar la dictadura de Fulgencio Batista. Ya en tierra cubana, integra sus huestes de Sierra Maestra otro veterano de la Guerra Ci-

vil y, siendo Ministro de Industrias del gobierno revolucionario, rinde homenaje al valeroso general republicano Enrique Líster, mientras evoca la feroz contienda librada en España contra los sectores progresistas que se enfrentaron inermes “contra la barbarie fascista” y recibe lecciones de economía de Anastasio Mansilla, hijo de exiliados hispanos a la URSS. A su muerte, María Teresa León, en nombre de esa misma España peregrina —la de los harapos pero la frente en alto— emplearía un tono bien elocuente: “Yo traigo la pena [...] de todos los exiliados de España, y el dolor de los que se quedaron allá con la mirada vuelta hacia la libertad, el dolor de la juventud española que no dobla las rodillas y que había visto en el Che Guevara a un héroe del rabioso tiempo presente de nuestra América Latina [...]. Murió en su ley, próximo a la América más pobre, más abandonada, despojada de todo, menos de su esperanza” —tras haberse caracterizado él mismo como ibero-americano para su ingreso a Bolivia.

Quizás de todo ello —y de su amistad con expulsados de autocracias latinoamericanas que aplastaron a varias generaciones bajo el aval del Tío Sam— logre explicarse la postura de Guevara y el eco despertado entre la juventud. De ahí su rechazo a los caudillos populistas y a la politiquería de los “partiditos” que nunca terminan por cortar amarras ni colmar las expectativas de la población; de ahí su negativa a hacer los cambios indispensables con residuos malolientes —las armas melladas del capital— y su opción por la terapia intensiva, cuya viabili-

dad podía acreditarse mediante la experiencia cubana en ascenso, que implanta la primera revolución socialista en un continente donde la instauración de tal sistema se juzgaba como una empresa quimérica, sobre todo ante las mismas puertas del coloso norteamericano, con lo cual se dio pie a la convicción de que podía convertirse la Cordillera de los Andes en la Sierra Maestra del hemisferio. De ahí también su repudio al gatopardismo y su escepticismo frente a la alternativa transformadora de las burguesías criollas en América latina, de las medias tintas del aprismo, de la salida a la boliviana de Paz Estenssoro o hasta del importante fenómeno encabezado por Arévalo y Arbens en Guatemala, de la Revolución Mexicana, del Chile de Ibáñez y del mismo “engendro peroniano”, ante las vacilaciones evidenciadas por tales modalidades políticas para respaldarse francamente en el apoyo popular y para neutralizar los embates imperialistas.

En el último caso, se planteó una alianza circunstancial con el peronismo en tanto fenómeno de masas, ya que el mismo Perón en un tiempo propició desde el llano la vía insurrecta, adhirió tácticamente al castrismo —para pedirle ayuda financiera— y conceptuó al Che como un hombre extraordinario —para aprovecharse de su gran arraigo epocal. En definitiva, Perón rechaza la invitación de instalarse en Cuba para dirigir desde allí su propio movimiento, opta por ser un niño entre mimado y terrible del franquismo, repudia las formaciones juveniles que antes había alentado y que terminan inmolándose en su

nombre, e inspira una organización parapolicial de ultraderecha que eliminaría a sus mismos partidarios: la Triple A. Todo ello tras haber presentado Perón a su primer gobierno como un bastión anticomunista y haberse ligado con funestos personajes como el propio Batista, quien a su caída fue alojado por Trujillo en la residencia donde el dictador dominicano había hospedado poco antes al mismo caudillo justicialista.

Juvenilismo y revolución

Cabe rememorar la travesía iniciática de Guevara por nuestro continente, antes y después de recibirse de médico, con la ocasional compañía de su amigo Alberto Granado, quien había sido un miembro muy activo de la Federación Universitaria cordobesa, mientras que el mismo Che integró una agrupación análoga durante su pasaje por el colegio secundario. Además de emprender el camino trashumante de la bohemia, se sensibilizó frente al padecimiento de nuestros pueblos y adquirió una acendrada conciencia americanista. Tuvo varios encuentros sugestivos: en la Universidad de San Marcos, donde percibió un fermento revolucionario; en Ecuador, con alumnos platenses; con dirigentes estudiantiles en Panamá que habían asistido a un congreso gremial en Río de Janeiro; con jóvenes pertenecientes a distintas corrientes partidarias en una pensión de Venezuela. Con activistas en Colombia que ocupan la

universidad y lo protegen de la policía brava de Laureano Gómez, cuando se desencadena el bogotazo y Fidel Castro participa allí de un evento estudiantil —a cuyo movimiento 26 de Julio se integrará en suelo mexicano para intervenir en la epopeya de Sierra Maestra. Simultáneamente, su amistad en Guatemala con exiliados de diversos países —entre ellos cubanos partícipes del Asalto al Moncada y que le ponen el afectuoso sobrenombre del Che—, así como su intervención en la Alianza de la Juventud Democrática y su militancia en las jóvenes brigadas que defendieron al aludido gobierno de Arbens.

Por otra parte, se encuentra no sólo la notoria impronta juvenil que ostentaron los líderes del ejército rebelde en Cuba sino también el talante adolescente de quienes combatieron en la escuadra del Comandante Guevara, integrada en sus inicios por una masa virtual de analfabetos, a los cuales el propio Che les enseñó la lecto-escritura y les inculcó el amor por la historia y las letras. Dicha columna fue luego reforzada por la entusiasta incorporación de estudiantes universitarios. Así como las primeras camadas reformistas de 1918 se sintieron prolongadores de la gesta emancipadora, los guerrilleros del Che también se han presentado como herederos de las luchas por la Independencia. Un hijo del patriarca de la Reforma —Deodoro Roca— (en cuyo sótano se reunía la vanguardia intelectual cordobesa que llegó a frecuentar el propio Guevara) fue compañero de colegio de éste último y solía visitarlo en Cuba. Se cuenta que cuando el Che hablaba sobre la Argentina, una

de sus principales inquietudes se dirigía hacia el devenir del movimiento universitario.

Cabe acotar que en Cuba el enfrentamiento con España durante el siglo pasado y a renglón seguido con los Estados Unidos estuvo protagonizado por muchos estudiantes y egresados universitarios. El pensamiento martiano y el marxismo se entremezclan en la década de 1920 con la aparición del movimiento reformista y con la labor de Julio Antonio Mella, fundador de las Universidades Populares, de la Liga Antiimperialista de las Américas y del Partido Comunista. El propio Mella organiza el Primer Congreso Nacional de Estudiantes (1923), en el cual los universitarios cubanos se pronuncian contra el neocolonialismo y las oligarquías nativas. Las actas del encuentro quedaron encabezadas con un apotegma —“Todo tiempo futuro tiene que ser mejor”— teñido de reminiscencias a lo José Ingenieros, quien había sido honrado durante su visita a La Habana en 1915 y ejerció una gran influencia entre los intelectuales isleños. Para aquel entonces se crea la Confederación de Estudiantes Cubanos, en cuya declaración de propósitos anunciaba “luchar por los mismos principios que, enunciados por la juventud cordobesa en 1918, llevaron a renovar las universidades argentinas por el único medio posible, por el sagrado medio de la agitación revolucionaria, y después de iluminar el continente indo-americano, prendieron en este país, donde llevaron a la lucha a una juventud sana y consciente”.

Más tarde, Fidel Castro, dirigente en la Escuela de Derecho y en el Comité Pro Democracia Dominicana, participa de la expedición con-

tra Trujillo hacia 1947. Un año después, Fidel propicia en La Habana el Congreso de Estudiantes Latinoamericanos que se expide contra el hegemonismo yanqui y las tiranías continentales, liderando el primer alzamiento contra Batista en 1953 junto a quienes, como él mismo, integraron la llamada Generación del Centenario. Su ideario prendería entre los jóvenes universitarios cubanos, quienes, comandados por el presidente de su Federación y máximo conductor del Directorio Revolucionario, José Antonio Echeverría, constituyeron la fuerza social orgánica que opuso una resistencia inmediata a la dictadura, hasta lanzarse a la lucha armada junto a la clase obrera y decretar un paro universitario indefinido que sólo se levantó tras el éxito de la revolución (1957-1959). La Revolución Cubana, el suceso más importante que aparece en la escena latinoamericana después de la II Guerra Mundial, estimula las expectativas socialistas y repercute sobre todo el movimiento estudiantil, incrementando el activismo y la militancia partidaria de los universitarios.

El Che representó la posibilidad de plasmar un mundo mejor, el sueño de toda una generación —Rudi Dutschke, adalid del mayo francés, llamaría a su hijo Hosea Che— y de la cubana en particular —juramentada en ser como el rebelde por antonomasia que tanto rabió por la justicia, encarnando con ello una de las tendencias básicas más reiteradas de la juventud: el deseo de reformar la sociedad.

¿Qué visión tenía el propio Guevara de los jóvenes en sí mismos? Afloran aquí sus metáforas de la juventud como arcilla fundamental y

antorcha encendida que —guiada por el sentido del deber social, la repulsa a los atropellos y a las disputas fronterizas— construirá el hombre nuevo del siglo XXI. Más allá de consignas y paternalismos, la preceptiva revolucionaria exige del joven que, sin considerarse el único centro del universo socialista, sea responsablemente creador y lleve la delantera en todo; que sobrepase los eslogans superficiales, la visión capitalista del trabajo como una carga espantosa y hasta el mismo marxismo escolástico; que pueda cumplir con el trabajo voluntario que el mismo Che introdujo en Cuba y contribuir tanto a la alfabetización del país como a cortar caña, recoger café o apilar ladrillos; que tenga la aptitud para identificarse en carne propia con los problemas de la humanidad, que sienta que cuando se veja a alguien se está afectando la dignidad de todos y que se emocione cuando en cualquier rincón del mundo se alce una nueva bandera de libertad; que sepa que los condicionamientos objetivos no subsumen enteramente a los valores morales ni al papel de la voluntad. “Tenía una visión humanista de la sociedad —asegura Urbano Tamayo—, no sólo pensaba en liberar a los pueblos oprimidos, sino que soñaba con una sociedad más solidaria, no esclava de las ganancias”.

Deberá sobrepasarse el enfoque limitado de la autonomía universitaria propuesta por la tradición reformista. Aunque el Che festeja la gran batalla sostenida por los levantamientos del dieciocho en la provincia de su infancia como una conquista noble y necesaria frente a los gobiernos conservadores, impugna las distorsiones producidas en ese movimiento por diferentes

sujetos: los reaccionarios, los supersabios que traicionan a su ciencia y a su pueblo, los personajes hipócritas y peligrosos escudados en un lenguaje democrático. Para Guevara, la autonomía bien entendida cabe esgrimirla como salvaguarda ante el ingreso irrestricto de personal armado en el recinto universitario, pero no puede justificarse a ultranza el encierro de los claustros como si se tratara de una fortaleza inexpugnable, de un Estado dentro de otro, para disponer a su antojo de los fondos públicos y fijar la currícula por su exclusiva cuenta al margen del interés nacional. Faltan a sus deberes revolucionarios para con los obreros y campesinos los sectores estudiantiles que conceptúan como la peor palabra del mundo la intervención en la universidad aunque ésta provenga de un gobierno auténticamente popular. La reforma de la universidad tendrá que actualizarse y marchar sincrónicamente con las reformas en materia agraria y fiscal, formando los técnicos y profesionales que requiera el desarrollo industrial de un país tan dependiente en ese rubro y sin apelar forzosamente al asesoramiento externo. Ello implicará la reorientación vocacional, la pérdida de privilegios para una clase y el derecho a la cultura para las capas marginadas, en suma: una universidad que se tiña de color negro y de mulato. Las tesis del Che, que había recibido el Doctorado Honoris Causa en Pedagogía de la Universidad Central de Las Villas a fines de 1959, serían incorporadas a la ley universitaria promulgada el 10 de enero de 1962 en homenaje al aniversario de la muerte de Mella.

Apenas iniciado el proceso revolucionario, el mismo Che contribuye a crear la Asociación de

Jóvenes Rebeldes (AJR) y, en un homenaje a los estudiantes cubanos de medicina fusilados en 1871 por los españoles, recordaría a la juventud que en distintas épocas ofrendó su vida para que se abrieran las puertas de la universidad “a todo aquel que quiera estudiar para perfeccionarse [...] no para medrar con sus conocimientos nuevos, sino para ponerlos al servicio de la sociedad y para saldar esa pequeña deuda que cada uno de nosotros tenemos con la sociedad que nos cría, que nos viste y que nos educa”. Hacia 1962, Guevara se ocupa de entrenar militarmente a numerosos estudiantes latinoamericanos que visitaban Cuba, entre ellos un hermano de su primera mujer, Ricardo Gadea, que había seguido periodismo en la Universidad de La Plata y que luego participa en el proceso revolucionario peruano. También preparó para la acción guerrillera a universitarios nicaragüenses como Carlos Fonseca y Tomás Borge que, al retornar a su país, forman el Frente Sandinista de Liberación Nacional.

¿El ídolo caído?

Pese a que muchas agencias noticiosas procuraron difundir una imagen de derrota, señalando la extinción física e intelectual de una metodología errónea, el asesinato del Che Guevara conmovió a la opinión pública mundial y se realizaron, con mayor o menor impedimento, numerosas protestas y homenajes, mientras su porte legendario siguió creciendo como fuente

de inspiración para las empresas reivindicatorias más dispares, hasta que llegó a hablarse de una era guevarista iniciada a partir de su muerte. El diario *Le Monde* hizo referencias al primer ciudadano del Tercer Mundo y al ardiente defensor de los pueblos oprimidos. La editorial Larousse lanzó una encuesta para renovar su famosa enciclopedia y el Che resultó electo como la más importante personalidad mundial a ser incluida entre sus páginas. Se escribieron centenares de artículos y miles de versos, entonándose canciones y esgrimiéndose consignas por doquier, en contraposición al hecho consumado —tras suponerse que la CIA había fraguado su muerte o que en la célebre batea donde yació el cuerpo del Che se había colocado un muñeco para engañar a la gente. Véanse dos indicadores textuales de ese arsenal alusivo:

Ustedes no han matado a nadie: han resucitado a un hombre. Y a algo más. Hasta el 8 de octubre se podía dudar que haya seres capaces de pelear por los otros, hacer una revolución, alcanzar el poder, abandonarlo todo y comenzar de nuevo: renunciar a lo temporal (Abelardo Castillo)

*un nuevo fantasma
de carne y hueso
recorrería el mundo,
instalando su tienda
en medio de la frente
de todos los hombres.*
(Jaime Valdivieso)

También se aseguraba que emanaría entonces la redención por la sangre y la insurgencia, que no era cierto que se hubiese acabado con una estirpe metálica como la del Che ni con el emblema perenne de libertad, que sólo se ultima a quienes vacilan ante el reclamo de luchar machete en mano. Aquél continuaba existiendo y reencarnándose cada vez que un pueblo decía basta, cuando la fe inflama las hogueras y la brisa se torna vendaval, en la luz del sojuzgado y en la humillación desagraciada. El mismo volvería siempre con sus verdades renovadas hasta que se divisara el triunfo final. Si mataron al Che Guevara, que viviese pues la Revolución. Hasta llegó a proponerse morir como él, para vivir como él había muerto, para vivir como él vivía.

Una vasta ficción literaria planteó la existencia de un aparato electrónico operando como radar espiritual para detectar a los enemigos de la poesía en el continente y para captar mensajes telegráficos ultrasecretos que los presidentes pro-yanquis habrían dirigido al Pentágono ni bien supieron de la muerte de Guevara. Entre esas extensas comunicaciones aparecían términos como los siguientes:

Recuerda que desde 1959 obran poder de CIA huellas del agitador panamericano. Stop. Hemos pedido Barrientos evite remisión cuerpo Guevara a país natal. Stop. Temor compartido por todo mi gabinete y por alto Estado Mayor argentino que funerales guerrillero provoquen motines incontrolables en Rosario, Buenos Aires, Córdoba. Stop. Pondría en peligro existencia misma de mi gobierno. Stop

[...]. Ofrecemos un millón pesos a quien capture vivo o muerto ejemplo Che que se dirige a Rosario. Stop. Policía secreta argentina en colaboración con agentes engalonados CIA vigila casa cada joven argentino para evitar que alma Che encuentre hospitalidad segura en su país —General Juan Carlos Onganía

mosca Che-Che que infesta los bosques de mi patria es un agente de propagación del despertar guerrillero. Stop. Muchachos ya picados se arrojan sobre el primer soldado que encuentran para quitarle el fusil con audacia sin precedentes. Stop. Me indican que una jovencita de dieciséis años picada desarmó ella sola una patrulla y pudo cargar con las armas hasta la selva. Stop. Ruego laboratorios Pentágono o CIA preparar con toda urgencia vacuna anticheche para inocular a toda población juvenil Paraguay. Stop. único medio conjurar en embrión terrible epidemia enfermedad castrocomunista capaz de contaminar desde Paraguay a toda la juventud sana latinoamericana. Stop. Peligro azote Che-Che se propaga por todo el Tercer Mundo. Stop. Guardamos con ansiedad instrucciones. Stop. Arriba América. Stop. Viva el primer demócrata del Occidente libre. Stop. —General Alfredo Stroessner

Quien constituía hasta hace poco un asombroso sobreviviente de la primera oleada reformista, Arnaldo Orfila Reynal, tras recordar su encuentro con Ernesto Guevara, efectuó este balance personal: “la muerte del Che ha hecho

renacer en mí un cierto orgullo nacionalista: la Argentina, derrotada desde tantas décadas; aquél país vacío de grandeza, de pronto le ofrece al mundo un ejemplar humano que no es fácil hallar entre los hombres de todas las tierras y de todos los tiempos. Aquella pobre patria nuestra se engrandece ahora, se purifica ahora de sus miserias, de su pequeña y oscura existencia contemporánea. La vida y la muerte del Che entrarán en nuestra historia, le darán una luz nueva y encenderán en ese pueblo alientos y esperanzas que han de salvar nuestro futuro”. Orfila había conocido a Guevara en la revista mexicana *Humanidades* y le facilitó la lectura de *El Capital* —¿en la edición del Fondo de Cultura dirigido por el propio Orfila?.

A fines de 1995, en la misma Bolivia, donde el Che halló su muerte, el periodismo reflejó crudamente la permanencia del mito tras la búsqueda de sus restos materiales. Así se habló en la prensa local del imperativo renacimiento de una insignia mundial de virtud y transparencia política que venía a medirse con el mercantilismo y la corruptela que campeaba en todas partes. De una impronta de recta consecuencia que procuran imitar amplios segmentos juveniles; que los mismos soldados bolivianos habían sido adiestrados por expertos yanquis; que la lucha sangrienta de los guerrilleros —entre los cuales se hallaban varios ex dirigentes juveniles como Suárez Gayol— también había sido emprendida contra el yugo español por patriotas que, como aquéllos, procedían de diversos territorios o nacionalidades. Que al Che no se le quiso hacer una tumba para evitar que surgiera un santo lai-

co de los pobres.

Sin embargo, terminó por generarse el efecto originalmente indeseado. Así como en Cuba la efígie del Che se yuxtaponen a la imagen de San Lázaro —el santo milagrero y sincrético más venerado en la isla—, en Bolivia el retrato del Che aparece en la casa de los pobladores, otros adoran a San Ernesto de la Higuera —al Cristo de la Sierra— y solicitan misas por él, pidiéndole un poco de sus energías para sobrevivir. Vallegrande, junto a los caminos que tomaron los combatientes de Ñancahuazú, se ha convertido en sitio de peregrinación para viajeros de los cinco continentes, quienes cubren sus paredes con inscripciones que evocan al Che (“vivo como nunca te quisieron”), en torno al cual se ha creado allí un museo y una fundación para el estudio de su obra y su época. Se organizó una caravana estudiantil internacional que marchó hacia La Higuera en dos columnas: una partió de México, recorrió Centroamérica y se unió en el punto de llegada con la otra delegación proveniente de Montevideo. Durante su solidaria visita a Vallegrande, una ex primera dama francesa, Danielle Mitterand expresó: “Los jóvenes de hoy que asisten a este homenaje pueden ser los hombres nuevos de los que hablaba el Che”.

Antes de que pudieran localizarse los restos del Che, algunos participantes de la represión decían que el sólo hecho de revelar la ubicación de su cadáver representaba una traición a la patria. Su cuerpo fue reclamado desde la Argentina y Cuba, donde ya Castro, en enero de 1968, había ofrecido en vano la libertad de cien con-

trarrevolucionarios, elegidos por la CIA y el Pentágono a cambio de los restos del dirigente guerrillero, eliminado con la injerencia de la misma CIA —ese organismo que contribuyó a derribar tantos gobiernos legítimos en nuestra América. Los bolivianos prefirieron que permaneciese en el sitio del exterminio, considerando una profanación las excavaciones encaradas por un grupo de expertos rodeados por una amplísima divulgación mediática. Tras una búsqueda de esos disputados restos mortales cercana a los dos años, la figura del Che creció inconmensurablemente. Los médicos del hospital donde aquéllos fueron analizados, en medio de ofrendas florales antes de su repatriación a Cuba, expresarían su admiración profesional: “A nuestro colega, comandante Che Guevara, nuestro homenaje póstumo”. Un sector castrense que combatió a los guerrilleros ha objetado el trato privilegiado para con ellos, alegando que nadie reconocía su propia acción patriótica al repeler la invasión, que el ejército boliviano esperaba cosechar mucho prestigio por la victoria y que en realidad había sido el Che quien se vio proyectado hacia la gloria como un mito intangible.

Entre tanto, se intentó demostrar que quienes habían intervenido en el crimen de Guevara lo estaban pagando con su propia vida o con otras desgracias personales. Mientras que muchos campesinos que delataron la presencia de los guerrilleros confiesan que se los había presionado asegurándoles que aquéllos iban a violar a sus mujeres, los *rangers* que capturaron al Che hoy admiten también su equivocación: “El doctor estaba haciendo obra gigante —aseguran— pero nadie lo comprendió. Ahora estamos arrepen-

tidos”. El Ministro de Gobierno boliviano, Antonio Arguedas, se refugió en Chile, hizo llegar el diario del Che a Cuba y transmitió la entereza que éste, herido y prisionero, mantuvo hasta el último instante del fusilazo —en un país donde no existía en su constitución ni la pena de muerte ni el delito de guerrilla. Poco después, el coronel Antonio Prado, detenido y dado de baja por proponer entre sus camaradas un brindis por el Comandante Ernesto Guevara —“un hombre leal y consecuente con sus ideales”—, sería reintegrado a las Fuerzas Armadas de Bolivia porque otros oficiales se solidarizaron con él.

Los ritos de expiación reparatoria fueron adelantados por el propio estudiantado boliviano. Poco antes de la ejecución del Che, los estudiantes convocan a un Cabildo Abierto, en julio de 1967, donde proclaman a las universidades como zonas libres de Bolivia y denuncian a los generales Barrientos y Ovando como enemigos del pueblo, por masacrar a los mineros que donaron un día de sus magros jornales a los guerrilleros guevarianos. Mientras que en La Paz se toma por asalto el Ministerio de Educación, en Sucre se había apedreado la Prefectura, cayendo varios estudiantes heridos. Producido el fusilamiento a quemarropa del Che y la mutilación de su cuerpo, la misma organización estudiantil lo nombra símbolo de la juventud mundial, ciudadano y patriota de Bolivia, reclamando que se le otorgara la ciudadanía oficial *post mortem*. Un año después, en el XVIII Congreso Nacional Universitario, celebrado en Potosí, se resuelve declarar al Comandante Ernesto Che Guevara “Héroe Máximo de las Luchas Revolucionarias de los Pueblos Latinoamericanos”. Al cumplirse

el décimo aniversario de su fallecimiento, el XX Congreso Universitario propuso que el 8 de octubre fuese establecido como Día del Guerrillero Heroico. Dos años más tarde los estudiantes bolivianos erigen en La Higuera una estatua del Che con los brazos abiertos al estilo de un rendidor.

En otros países, como Ecuador, se coloca tempranamente el nombre de Ernesto Guevara a diversos recintos universitarios. Hacia diciembre de 1967 la Federación Universitaria Argentina efectúa un congreso clandestino bajo la presidencia honoraria del mismo Guevara y con la asistencia de delegaciones especiales de Brasil, Chile y Uruguay. Varios escritos del Che fueron leídos como textos sagrados por la juventud de los sesenta, entre ellos, el “Discurso de Argel”, la carta de adiós a Fidel y “El socialismo y el hombre en Cuba” una pieza que, según se ha interpretado, posee un valor equivalente, como programa continental, a la Carta de Jamaica de Bolívar y a Nuestra América de Martí. Su autor pasaría a erigirse en “la mayor ilusión” de ese mismo fenómeno generacional, según lo ha admitido recientemente uno de sus máximos portavoces, Daniel Cohn Bendit:

El 9 de octubre de 1967, nos enteramos de la muerte del Che Guevara en la jungla boliviana.

La revolución latinoamericana perdía ese día a su combatiente más prestigioso, pero también ese día nacía un mito. El retrato de este hombre fue enarbola-do por los manifestantes en París y en Berlín, en Roma o en Río de Janeiro.

Su rostro, ligeramente melancólico, decoró innumerables habitaciones de estudiantes.

Se convirtió para toda una generación en el símbolo del guerrillero constructor de una sociedad nueva, y su famoso slogan “Creemos uno, dos, tres Vietnams” fue una especie de Credo para nosotros.

En los propios Estados Unidos, los estudiantes progresistas, junto con el movimiento negro, se apropian también de su figura, durante las manifestaciones por los derechos civiles y contra la guerra de Vietnam. Una encuesta realizada allí hacia 1968 reveló que el Che era el personaje con el cual más se identificaban los jóvenes universitarios de ese país. En Bogotá, los estudiantes le cambian el nombre del libertador Santander por el del Che Guevara a la plaza situada en el campus universitario. La tradicional Universidad de San Carlos en Guatemala ostenta dos grandes murales del Che: uno estampado en la Biblioteca Central durante el trigésimo aniversario de su desaparición y el otro, al costado del edificio de Ciencia Política, a poco de ocurrido el deceso.

Hoy parece replantearse aquel antiguo fervor, mediatizado con la tendencia del *establishment* por convertir en mercancía hasta personalidades como las del Che Guevara, tan ajenas a lo insustancial y al espíritu posesivo. Una parafernalia de productos comerciales apelan a su nombre o a su imagen: cervezas, billetes y monedas, sellos y postales, boinas y camperas, pañuelos y cintillas, esquiés y bolsos, llaveros y re-

lojes, ceniceros y encendedores, tazas y lapiceras, etc. Otro tanto ocurre con los conjuntos musicales, con tatuajes y pancartas, con exposiciones hasta en el Louvre, con videos y casetes en torno suyo. Pese a los fuertes tabúes y a la diabolización que se había hecho del Che en su país natal, miles de jóvenes propician cursos y cátedras por doquier destinadas a examinar las ideas de Guevara, mientras la corrupción y el desempleo conduce a la gente a obstruir las rutas camineras portando su efigie —análogamente a como se la había levantado ante los gobiernos neoconservadores de Berlusconi y Balladur en Italia y Francia, o frente a las operativos militares contra los indios mayas de Chiapas, que habían integrado a antiguos líderes estudiantiles sobrevivientes de Tlatelolco. Hasta un acérrimo enemigo de la Revolución Cubana como Carlos Menem, procurándose un rédito electoral, hizo imprimir 500.000 estampillas con la cara del Che, el doble de la tirada que se efectuó para Evita, alegándose que con ello se “recuerda a un argentino notable, que cambió parte de la historia contemporánea de América, hoy convertido en símbolo de idealismo para muchas personas alrededor del mundo”.

Por todos lados se celebraron encuentros para conmemorar el trigésimo aniversario de su muerte, pululando las fotografías y las musculosas con el Che; al punto de que un grafito ingenioso le hace decir: “Volveré y no seré póster”, mientras que el titular de un periódico parafrasea con el “Dos, tres, muchos Che”. También cabe observar su rostro barbado en el tatuaje de dispareos personajes populares como Maradona o

Tyson, en el despliegue de banderas efectuado en las canchas de fútbol y en espectáculos multitudinarios —más allá de los tumultuosos festivales internacionales celebrados especialmente en su honor con lemas como el de “Estás en todas partes”. Se anuncian a la vez decenas de películas y se ofrecen muchos libros nuevos que vienen a sumarse al centenar de biografías que se han publicado desde 1968, superando con ello la atención que pudo prestársele a cualquier otra personalidad del siglo XX. En Internet el Che ocupa miles de páginas Web, con una multitud de visitantes que a veces también acuden a ese simbólico espacio para llamar la atención sobre candentes violaciones a los derechos humanos. El título de un CD francés coincide con el de una tapa de *Newsweek* y resume sugestivamente todo lo expresado: “El Che vive”. Se calcula que su imagen ha generado más canciones que ningún otro personaje histórico (c. 135 piezas y 87 intérpretes); una imagen que, alentada por la creencia de Guevara en la soberanía como atributo fundamental del pueblo trabajador, se agiganta con el nuevo impulso que cobra el espíritu autogestionario y los movimientos sociales como el del mismo estudiantado o el de los campesinos sin tierra brasileños, quienes estudian las ideas de Martí, Paulo Freire y el Che, cuyo nombre han enarbolado para colocarlo al frente de sus columnas.

Más allá de la validez que puede atribuírsele a algunas de esas encontradas facetas de acceder al Che, su aceptación resulta aún hoy mucho mayor entre los jóvenes que durante su desaparición, cuando *v.gr.* un estudio efectuado

por Armand y Michele Mattelart hacia 1968 sobre distintos segmentos de la juventud chilena arrojaba serias diferencias apreciativas: mientras que los estudiantes lamentaban y repudiaban mayoritariamente la eliminación de “un gran idealista” y de “un gallo valioso”, no podía detectarse igual inclinación en la juventud trabajadora que, reflejando acaso la opinión de los medios masivos y la moral establecida, condenaba la guerrilla y veía como un hecho positivo la mantanza del Che.

Es como si se estuviera remontando la imagen que imperaba hasta hace poco durante la primacía del desencanto o del giro conservador, hacia 1992, cuando un periódico madrileño como *El País* consagraba varias páginas para demostrar que, a los 25 años de la muerte del gran líder revolucionario, ya nadie más lo tenía en cuenta, que todos se habían convertido al posibilismo y abandonaban el “desvarío” guevarista, que el mito romántico había fenecido hasta trocarse en “incómodo fetiche arrinconado en el trastero o en el cubo de la basura”.

En ese cambio general de actitudes no puede desestimarse el trasfondo de principismo y eticidad que ha terminado por desprenderse del temple guevariano, facilitando el reencuentro o la identificación juvenil con dichos caracteres; más allá de que, como ha afirmado su amiga Tita Infante, el perfil de Ernesto, resulte “demasiado cálido para tallarlo en piedra”.

En suma, que el Che ya había dejado de ser aquél “incomprendido paladín de la libertad” — como él mismo se definiera— o un “estrafalario fantasma del desierto” —según calificó al gran loco manchego su admirado poeta León Felipe.

Muchas personas continuarían pensando, como el Indio Naborí, que “sus restos no son restos” sino “las raíces de una idea pura” o que, como sostuvo Fidel Castro en el discurso pronunciado durante su sepultura definitiva en Santa Clara: “Más grande será su figura cuanto más injusticia, más explotación, más desigualdad, más desempleo, más pobreza, hambre y miseria imperen en la sociedad humana”. Abel Posse ha recreado desde la ficción un elocuente diálogo con altos oficiales cubanos donde éstos se refieren al profundo atractivo de participar en las campañas guevarianas aún para quienes tenían mucho que perder:

—Usted preguntó, amigo, sobre por qué se lo seguía. Realmente es una adecuada pregunta. Nunca hablaba de triunfo, sino de la misión revolucionaria. Hablaba que el combate de América llevaría “diez o quince años”, ¿se da cuenta? Sin embargo dejábamos la familia, la comodidad de estar en el gobierno, de ser un “revolucionario histórico”, aplaudido en las escuelas, ¡respetable! Era muy triste no poder seguir con él, aunque uno estuviese muy bien en Cuba. Uno tenía que irse de la Bodeguita del Medio a comer rata otra vez. ¡A tomarse el orín, a desangrarse en diarreas! El de Bolivia era un pequeño grupo, y fíjese, para que usted tenga idea de la “mística de Guevara”: se anotaron para Bolivia cuatro miembros del Comité Central, dos viceministros y dos muy altos funcionarios [...] Piénsese que no es fácil dejar la pax burocrática.

En conclusión

Ciertamente, no todo resulta tan florido. Por el contrario, han abundado los exabruptos y los descalificativos de la prensa amarilla y de poderosos intereses que pintan al Che como un conspirador siniestro, como un mercenario vandálico, en la típica versión hollywoodense del desatado bandolero sudamericano. Los integristas católicos denuncian la reavivación de mitos subversivos en una sociedad infectada por la Revolución Anticristiana y por uno de sus máximos exponentes: el Che Guevara, un demente apátrida, apóstol demoníaco de la violencia y el terror que, criado en una disolvente atmósfera familiar, terminaría gozando con la antropofagia africana. Tanto las derechas como el viejo PC — que llegó a ver en el Che a un agente de la CIA— han remarcado su aventurerismo por encima de cualquier filiación eventual. Sin embargo, otro símbolo juvenil, Herbert Marcuse, teórico del movimiento estudiantil de los sesenta, ha puesto las cosas en su sitio, al sostener que “Guevara no era solamente la aventura. Era la alianza de la aventura con la política revolucionaria. Si la revolución no contiene un poco de aventura de nada vale”.

Otro tipo de estimativa podría partir de las críticas que Guevara se hizo a sí mismo, a veces en términos de autoexigencia. Por ejemplo, su preocupación por no haber recurrido siempre al camino adecuado en materia guerrillera, a diferencia de lo que hizo Camilo Cienfuegos en tal sentido, o su arrepentimiento por mostrar un obsesivo apuro por la industrialización y por susti-

uir todas las importaciones cubanas de golpe. Asimismo, el propio Che se ha inculcado por afirmar, en forma mecanicista, que el estudiantado de los países que no han accedido al socialismo carecen de una ideología verdaderamente revolucionaria por pertenecer a estratos ajenos al proletariado, hasta llegar finalmente al punto de asignarle a la juventud una potencialidad supraclásista.

No siempre con idéntica seriedad, se ha hecho hincapié en otras limitaciones específicas, fruto también de la misma sensibilidad y clímax epocales. Entre ellas, una falta de matices para percibir la realidad, cierto maniqueísmo voluntarista, la excesiva temeridad, anteponer la lucha armada sobre la labor política hasta inducir el exterminio generacional, el menosprecio a la capacidad militar de los ejércitos profesionales, la teoría foquista, los errores estratégicos en el Congo y Bolivia, una excesiva confianza en los levantamientos y estallidos que podían producirse en distintos países de nuestro continente, la idealización del campesinado, las ingenuas simpatías iniciales hacia el estalinismo y el autoritarismo soviético, la momentánea confianza en Perón como líder revolucionario, la compulsiva universalización del paredón, la subestimación de la resistencia urbana frente a Batista, el desprecio hacia los incentivos materiales, la extrema dureza en el trato, las escasas dotes oratorias, los hábitos poco higiénicos, o, dentro del presente encuadre, la aspiración por convertir a los jóvenes en hacedores de una “sociedad perfecta”.

Pese a las admisibles reservas más o menos descontextualizadas y salvo que se presuponga

como está de moda el naufragio de las salidas alternativas, no podrá omitirse para una problematizadora revigorización de la utopía a uno de sus exponentes más connotados: Ernesto Che Guevara; cuando hasta el propio Parlamento europeo, además de condenar enérgicamente el bloqueo contra Cuba, ha venido a reconocer la importancia histórica de su figura.

INDICE

Presentación	7
Utopismo y juventud	11
-Reservas minimalistas	11
-Elogio a la utopía	14
-Caracterología	17
-El estudiantado	23
La rebeldía bohemia	30
-Los ingredientes	30
-Meca francesa y pandemónium hispano	33
-La Atenas platense	38
-¿Aristocracia o redención?	42
Romain Rolland entre nosotros	48
-Principismo	48
-Recepción inicial	52
-El afianzamiento	57
-La vía consagratória	64
El Che como paradigma	76
-Genio y figura	77
-Juvenilismo y revolución	84
-¿El ídolo caído?	90
-En conclusión	104

Libros Tauro